



IDENTIDAD DE LOS PIKNINI: UN ACERCAMIENTO A LA INFANCIA RAIZAL

CATHERINE ARROYAVE PARRA
LIGIA PAULINA MAYA PUERTA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
MEDELLIN
2015

IDENTIDAD DE LOS PIKNINI: UN ACERCAMIENTO A LA INFANCIA RAIZAL

CATHERINE ARROYAVE PARRA
LIGIA PAULINA MAYA PUERTA

TESIS DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE ANTROPÓLOGO

ASESOR DE GRADO LUIS ALFONSO RAMÍREZ VIDAL

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
MEDELLIN
2015

A mis padres, la razón de mi existir, porque con su apoyo y amor incondicional me han dado las alas para siempre llegar con éxito a la cima; a mis hermanos que constantemente me dan los ánimos para seguir soñando. A mi abuela y tíos que me demuestran día a día que la familia es el tesoro más grande que puedo tener. Gracias por tanto.

Catherine Arroyave

A mi madre, mi más preciado tesoro, a ella le debo lo que soy, gracias por darme siempre más de lo que merezco, tu entereza y amor no me han dejado caer jamás. A mi esposo, pues de él he aprendido a ser una mejor persona y a ver el mundo de una manera diferente y tranquila. A toda mi familia, mi abuela, mis tíos y primos, que son la muestra más pura y verdadera del amor incondicional. A todos gracias por su plena confianza en mí.

Paulina Maya

AGRADECIMIENTOS

Realizar esta investigación fue posible gracias a muchas personas que con su hospitalidad, paciencia, apoyo y cariño hicieron de esta una experiencia realmente inolvidable que marca nuestras vidas. A todos los que compartieron su tiempo con nosotras durante nuestra estadía en los dos viajes realizados, millones de gracias.

Queremos hacer un reconocimiento muy cariñoso a las personas que nos brindaron sus conocimientos, experiencias y espacios, muy especialmente al señor Adrian Howard, su esposa Nora Possu, sus hijas Adriana, Lola y Sheraldine; al señor Norvel Paris Smith Bent y sus hijos Norvel Jr. Smith y Tenisha Smith; a Mishell Tylor, Margarita Mey Romero, Ariana Escalona, Lauri Mitchell Blanco, Idesi Kelly Forbes y Talia Mey.

A los niños participantes en el programa de “Generaciones étnicas con Bienestar Familiar” en el sector de Sound Bay, bajo el cuidado de la profesora Gertrudis, especialmente a Aaron Cueto, Jafner Baker Duffis, Krishanny Mclaughlin, Liseth Pineda Venner, Shayiln, Sheylian y Mishelainy. Así mismo a la señora Gladis Morales por compartimos su espacio en el jardín “Sueños alegres”.

Un agradecimiento muy especial a la familia Rodríguez Zakzuk, principalmente al doctor José Antonio Rodríguez, a la doctora Elvira Zakzuk y a su hijo el doctor Juan Sebastián Rodríguez; a la Posada Cultural Bahía Sonora y su administrador Diego Daza, a ustedes gracias por abrimos las puertas y hacernos sentir como en casa en nuestras estadías en la Isla. A Claudia

Marcela Arroyave, al señor Jorge Sánchez, a David Valencia y la Fundación Old Providence, a la señora Geraldine Gordon Duke, secretaria de cultura de la Gobernación del Archipiélago.

Gracias a los que de una u otra forma hicieron que nuestro paso por la Isla fuera más ameno y permitieron que viviéramos San Andrés: Carlos Nieto, Hansel Cardona, Julián Bravo, Antonio Caro “Toño”, Michael Piraquive “Chamo”, Lineth Plata, Camilo Sierra, Michael Pallares “Michy”, Andrés Gaitán, César Caro, Kathe Abello; a Emilce Llorente, Liliana Mejía y Freshnell Lever por sus atenciones.

Finalmente gracias a los docentes que siempre han estado dispuestos a apoyarnos, corregirnos y guiarnos por el mejor camino; nuestro asesor Luis Alfonso Ramírez Vidal, a la profesora Luz Dary Muñoz, el profesor y actual jefe de departamento Juan Carlos Orrego Arismendi, al profesor y curador de la Colección de Antropología del Museo Universitario Hernán Pimienta y a Jaime Tamayo. A todos, gracias por hacer esta experiencia posible.

CONTENIDO

<u>INTRODUCCIÓN</u>	8
<u>1. ANTROPOLOGÍA, IDENTIDAD E INFANCIA EN SAN ANDRÉS ISLA: UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA</u>	10
<u>1.1 De la escuela de Cultura y Personalidad</u>	14
<u>1.2 La infancia como una etapa de adaptación cultural</u>	22
<u>1.3 Crianza, socialización y transmisión</u>	29
<u>1.4 San Andrés Isla: búsqueda de una identidad raizal</u>	36
<u>1.5 ¿Es la crianza un medio para construir una identidad raizal?</u>	44
<u>2. ETNICIDAD, IDENTIDAD Y POBLACIÓN RAIZAL</u>	47
<u>2.1 Raizales como grupo étnico</u>	47
<u>2.2 ¿Y de la identidad qué?</u>	54
<u>2.3 “Raizalidad” en San Andrés Isla</u>	59
<u>3. FAMILIA, CRIANZA E INFANCIA RAIZAL: UN ANÁLISIS CONTEXTUAL</u>	
<u>3.1 De la familia y la crianza.</u>	64
<u>3.2 La familia raizal a la luz del parentesco.</u>	65
<u>3.3 Familia extensa: “Debemos cooperar uno con el otro, es una gran familia”</u>	71
<u>3.4 El rol de la madre y el padre en la crianza de los niños</u>	75
<u>3.5 “Somos hombres de mar”... ¿Qué hay del territorio?</u>	76
<u>3.6 “La educación empieza en casa”: Transmisión de la cultura raizal.</u>	78
<u>3.7 ¿Qué se espera de los niños raizales?</u>	83

<u>4. APUNTES FINALES</u>	87
<u>4.1 Raizalidad: Comida, religión e idioma</u>	88
<u>4.2 Entre pañas y raizales: Percepción de algunas diferencias</u>	98
<u>4.3 Nuevas raizalidades</u>	99
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	103

INTRODUCCIÓN

La presente investigación para optar por el título de antropólogas fue llevada a cabo en el departamento archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, específicamente en la isla de San Andrés, ubicado al occidente del mar Caribe, noroeste de la costa Atlántica del país. Con un trabajo de campo realizado durante los meses de enero y febrero del año 2015, y tiene por objetivo evidenciar cómo mediante la crianza, se construye la identidad raizal durante la infancia en San Andrés Isla.

La propuesta de abordar el tema responde al interés que hemos encontrado en las investigaciones antropológicas que buscan comprender los aspectos puntuales de la reproducción cultural, en este sentido la crianza y la identidad son eje fundamental. Por otro lado el interés particular que tenemos por el archipiélago colombiano, su gente y sus costumbres, nos cautivaron desde la primera vez que visitamos la Isla.

Los datos fueron obtenidos utilizando la etnografía y la observación participante en la Isla, en la investigación participaron varias familias raizales, conformadas por padres, madres, hijos, tíos y abuelos; se firmó un acuerdo de confidencialidad con estas familias, por lo que en el escrito sus nombres no serán referidos, en cambio de esto mencionaremos su edad y el rol que desempeña en la familia y el manifestado en el momento de la entrevista. Es indispensable aclarar que todas las personas entrevistadas son consideradas como raizales por ellas mismas y por su comunidad.

El trabajo está dividido en cuatro capítulos de la siguiente manera:

En el capítulo I presenta cómo la antropología llega a preocuparse por el tema de la crianza, la identidad y el archipiélago colombiano, en este podrá encontrarse un estado del arte acerca de las principales investigaciones realizadas al respecto.

En el capítulo II se aborda el tema de la identidad como categoría cultural y política, para con esto definir lo que para nosotras, a partir de la información recolectada, constituye la identidad raizal.

El capítulo III constituye una descripción densa de lo que sería la crianza por medio de la familia en la Isla y cómo mediante ella se construye la identidad raizal.

El capítulo IV muestra cuáles son los componentes culturales de la identidad raizal. En él también se abordan las conclusiones de la investigación y algunas recomendaciones para investigaciones futuras sobre el tema.

1. ANTROPOLOGÍA, IDENTIDAD E INFANCIA EN SAN ANDRÉS ISLA: UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA

Generalmente los grupos humanos tienen unas formas de vida claramente definidas que lo hacen diferente de cualquier otro, en estas se pueden incluir factores como la cosmovisión, las costumbres alimentarias, el juego de roles entre hombres y mujeres, la socialización dentro del mismo grupo y con otros grupos del exterior, conformación de las familias, momentos de diversión, transmisión de conocimientos, entre otros. Autores desde diversas disciplinas sociales, especialmente la antropología, como Edward Tylor (2010), Franz Boas (1947), Ruth Benedict (1971) y Bronislaw Malinowski (1948) le han dado el nombre de cultura al conjunto de estas formas particulares de conducta.

Al respecto Tylor (2010) entiende la cultura como un conjunto de conocimientos que incluyen el arte, la moral, el derecho y los hábitos adquiridos por el ser humano en cuanto este es miembro de una sociedad, esta definición de cultura se hace interesante en la medida que se refiere de inmediato al ser humano como un ser social, en la que adquiere ciertos conocimientos que comparte con otros y lo hacen miembro de una colectividad. Por su parte Boas (1947) plantea la cultura como:

“La totalidad de las reacciones y actividades mentales y físicas que caracterizan la conducta de los individuos componentes de un grupo social... también incluye los productos de estas actividades y su función en la vida de los grupos” (155);

Es evidente que estas formas de conducta están ligadas directamente con la vida en comunidad y son las que predeterminan unas características específicas del grupo. Para efectos de esta investigación tomaremos la cultura en los términos de Linton (1983), pero de ello se hablará más adelante.

La antropología se ha encargado de estudiar al ser humano, sus formas de vida, sistemas simbólicos, cultura material, y otras características que se consideran importantes, tales como los sistemas económicos, políticos, religiosos y alimentarios, que permiten la transmisión de la cultura de una generación a otra, sin embargo, se debe tener presente que esto se da de diferentes formas, teniendo en cuenta las edades de los individuos y lugar que estos ocupan dentro del grupo.

Por ejemplo, Margaret Mead (1970) en 'Cultura y compromiso, estudio sobre la ruptura generacional', muestra la importancia de los estudios generacionales de los diferentes grupos humanos, para comprender los cambios e influencias del contacto con el exterior, además de ver los componentes que sin embargo se siguen transmitiendo de generación en generación.

Habitualmente, suele dividirse la vida del ser humano en etapas, estas están relacionadas con el desarrollo y las capacidades tanto físicas como cognitivas que se van adquiriendo con el paso de los años:

“Desde una perspectiva puramente biológica, o desde la psicología tradicional, las etapas de la vida humana (como la niñez, la juventud o la

vejez) tienen características que no dependen de acuerdos sociales ni culturales sino de la maduración y de la experiencia; en cambio, desde una visión histórica y antropológica estas etapas cambian sustancialmente de una sociedad a otra y de una cultura a otra, inclusive dentro de una misma sociedad” (Goncalvez, Franco, 2009: 70).

De allí es posible afirmar que cada una de estas etapas hacen parte de la construcción social, donde cada grupo humano las define según sus reglas.

En términos culturales (Linton, 1945), es entre la primera infancia y la infancia el momento en el que la persona adquiere los rasgos que definen su personalidad. Debe entenderse que estas dos categorías -primera infancia e infancia-, son una construcción social, en la que cada grupo tiene la libertad de definir el rango de edad al cual se refiere, teniendo en cuenta su contexto particular, por lo cual no se establece a priori un rango de edad que lo represente, por lo tanto en la presente investigación se definirá este rango desde la propia visión de los raizales, en capítulos posteriores. Por otro lado, la infancia no puede conceptualizarse únicamente como un grupo que tiene cierta edad, debe ser mirada “como una categoría social, o como una generación dentro de cada sociedad” (Casas, 2006: 29), ya que hacen parte fundamental de un todo cultural.

Es necesario apuntar que la primera infancia es aquella etapa de:

“Aprendizaje del espacio de la casa, del pueblo, del terruño. Aprendizaje del juego, de la relación con los demás niños, de la misma edad o

mayores que saben más y que se atreven a más. Aprendizaje de las técnicas del cuerpo, aprendizaje de las reglas de pertenencia a la comunidad lugareña, aprendizaje de las cosas de la vida” (Gélis, 1990: 315).

Es por esto que se puede afirmar que los niños perpetúan y reproducen la cultura de la cual hacen parte. Por lo que no puede considerarse a los niños como sujetos pasivos de la sociedad, debido a que: “estos están activamente involucrados en la construcción de sus propias vidas sociales, las de aquellos que les rodean y las de las sociedades en las que viven” (Ames, Rojas, Portugal, 2010: 12). Es por esto que es importante tener en cuenta a los niños e incluirlos en las investigaciones sociales relacionadas con la preservación y difusión de la cultura, tema que resulta central en esta investigación.

Con respecto a la cultura, hay que aclarar y reconocer que esta es:

“Algo que se aprende más que heredarse y que la capacidad de aprender de los niños (aprender en general y aprender cultura en particular) es notable; el estudio de los niños y la niñez permitiría ampliar la comprensión de la manera en que las formas culturales emergen, se sostienen y cambian a través del tiempo” (Ames, Rojas, Portugal, 2010: 12);

De esta forma se da una visión más amplia del traspaso de generación en generación de los caracteres culturales de una sociedad determinada y cómo esto le permite mantenerse en el tiempo.

Debido a la importancia de los niños en la conservación y transmisión de la cultura entre generaciones de la sociedad en la que crecen, esta investigación

pone en escena a nuevos actores sociales como son los niños, en una disciplina que generalmente se ha enfocado en estudiar cómo los adultos construyen su propia realidad.

Por lo cual este capítulo propone un recorrido histórico acerca de cómo la antropología se llega a interesar tempranamente por el estudio de la infancia y la crianza como medio de transmisión de la cultura, para luego llegar a explicar la importancia que tiene para la antropología colombiana el estudio de las mismas, en especial en el caso de San Andrés Isla, que no solo vincula la infancia, sino que es también reflejo del legado africano traído al continente americano por los hombres y mujeres que fueron esclavizados desde la colonia, sin embargo, no se pretende profundizar en la herencia africana, sino entender cómo ésta construye una *identidad raizal*, a partir de la crianza y la infancia en general. Es de aclarar que el tema de la identidad raizal será tratado a profundidad en los capítulos siguientes.

1.1 De la escuela de Cultura y Personalidad

Basados en los planteamientos del antropólogo Eduardo Restrepo (2009), con respecto a las escuelas de pensamiento antropológico clásico, es posible resaltar la labor que se ha realizado en el campo de los estudios acerca de la infancia, principalmente desde la corriente teórica del Particularismo Histórico, fundada por Franz Boas a inicios del siglo XX, quien con un enfoque

antievolucionista social indagó acerca de la formación de las sociedades como elementos únicos con una historia particular. Boas se preguntó acerca de los rasgos que compartían sociedades diferentes, sugiriendo que fenómenos aparentemente iguales, pueden tener causas diferentes y complejas, y viceversa.

Boas afirma que:

"Un estudio detallado de las costumbres en su relación con la cultura total de la tribu que las practica, en conexión con una investigación de su distribución geográfica entre las tribus vecinas, nos suministra casi siempre un medio para determinar con considerable exactitud las causas históricas que condujeron a la formación de las costumbres en cuestión y a los procesos psicológicos que actuaron en su desarrollo. Los resultados de las investigaciones conducidas a través de este método histórico pueden ser triples. Permiten revelar las condiciones del medio ambiente que han creado o modificado los elementos culturales; logran aclarar factores psicológicos que actúan en la formación de la cultura; o consiguen mostrarnos los efectos que las conexiones históricas han tenido sobre el desarrollo de la cultura" (2010: 90).

Con lo anterior, queda claro que todas las culturas son plurales y son el resultado del contacto, es decir, por medio de la interacción con otras sociedades se adquieren ciertas características que se ven reflejadas en la estructura social, por medio de las instituciones.

A partir de este planteamiento se rechazó la idea de que existen sociedades superiores y que además todas tienen una historia única. Es palpable la dicotomía en la que se mueve toda sociedad, entre lo singular y lo plural, lo propio y lo 'prestado', pues la cultura resulta ser un agregado de elementos foráneos obtenidos por medio de la difusión y a su vez una totalidad integrada por la sabiduría heredada de generación en generación; la creatividad de un pueblo condiciona cada uno de sus elementos de manera particular. Para Boas (1947), las diferencias que se observan en la mentalidad de las diversas sociedades son el resultado del entorno social y no de sus capacidades mentales, tal como se suponía hasta finales del siglo XIX.

El acumulado académico producto del Particularismo Histórico puede resumirse en cuatro postulados: primero, la singularidad histórica de cada cultura, refiriéndose al hecho de que cada sociedad posee una trayectoria propia con características únicas que deben ser comprendidas en sus propios términos. En segundo lugar, considera que cada cultura es una totalidad, por lo que es imposible comprender aspectos aislados y es necesario analizarlos enmarcados en el todo cultural, es decir, un aspecto o elemento cualquiera debe ser comprendido en relación con todos los otros elementos que integran la cultura. El tercer postulado, propone establecer una distinción analítica entre los conceptos de cultura, raza y lenguaje, pues no existe correspondencia que los vincule, entre ellos en un grupo humano determinado, en otras palabras, un grupo puede compartir una o más características pero no existe una correspondencia obligada entre uno y otro. Por último, como cuarto postulado está el relativismo cultural que argumenta que no existen culturas superiores sino que cada una es valorable sólo en sus propios términos; Por su parte Melville Herskovits (1973) plantea que: "Los juicios están basados en la experiencia, y la experiencia es interpretada por cada persona en términos de

su propia enculturación" (15); de esta manera considera que todas las experiencias del individuo están determinadas por el complejo cultural ya que existe una presión para conformarse con los puntos de vista mayoritarios del grupo.

Como derivado de la articulación teórica del Particularismo Histórico y con influencias de la psicología y el psicoanálisis, se encuentra la escuela de pensamiento antropológico conocida como 'Cultura y Personalidad'. En el centro del interés teórico de esta se encuentra la relación que existe entre la cultura y el individuo, más específicamente la forma en la que los patrones o pautas culturales influyen en la existencia de ciertos comportamientos en una sociedad determinada, en otras palabras, cómo la cultura construye al individuo.

Los principales exponentes, según Restrepo (2009) y Harris (1996) de esta escuela son Margaret Mead, Ruth Benedict, Ralph Linton y Alfred Kroeber, quienes influenciados por el psicoanálisis freudiano intentaron identificar los rasgos o patrones culturales que definen una sociedad y los modelos de personalidad que derivan de ella. Esta corriente aborda tres problemas básicos: primero, estudia la relación que existe entre la cultura y la naturaleza humana; en segundo lugar, las personalidades que son comunes derivadas de la cultura; y en tercer lugar, los procesos y mecanismos de incorporación de la cultura por parte de los individuos pertenecientes a esta.

El Particularismo Histórico tiene un lugar importante en los estudios adelantados por las primeras generaciones de antropólogos colombianos, pues según Restrepo (2009) para la institucionalización de la antropología colombiana se usó la división en las cuatro ramas propuestas por Boas, el modelo propone que la 'ciencia del hombre' se compone de arqueología, antropología cultural, antropología física y lingüística. A pesar de las críticas que se le han hecho al modelo, este se mantiene hasta hoy.

En esta corriente se da por primera vez importancia a los estudios sobre otros grupos etarios diferentes a los adultos, incluyendo la infancia y adolescencia, enfocados en la forma de crianza y cómo esta es la base de la personalidad (Mead, 1970). En Colombia, son limitados los trabajos que se han desarrollado en el marco de la escuela de Cultura y Personalidad y mucho más reducidos los que son enfocados en la infancia, en conjunto con el desarrollo del ser humano en las diferentes etapas de la vida, en especial desde la antropología, tema al que esta corriente teórica le dio gran importancia. Podría afirmarse que es la única escuela antropológica, por lo menos desde las llamadas teorías clásicas, que se ha interesado en estudiar estos temas que demuestran ser claves en la disciplina, con todo en la actualidad sigue siendo marginal el tema de infancia/crianza y cultura.

Por ejemplo Alicia Dussan, propone un estudio pionero en Colombia con el texto "Características de la personalidad masculina y femenina en Taganga" (1954). En este plantea que existe una personalidad societal, lo cual implica que una persona define sus comportamientos en tanto miembro de la sociedad y a su vez esto está definido por el sexo, es decir, los hombres tendrán un

comportamiento diferente al de las mujeres. Estas pautas de conducta son cohesionadoras sociales, pues permite el mantenimiento de un estilo de vida basado en la pesca, es decir que el ser hombre o mujer en Taganga se mide en relación con las actividades propias de cada sexo en edades determinadas. Sin embargo a nivel general podría afirmarse que de los hombres se esperan características tales como colaboración, generosidad, honradez, cohesión, absoluto control de las tendencias agresivas y ecuanimidad, permitiendo esto una buena relación con sus compañeros de pesca; mientras que de las mujeres se esperan características como la emotividad, egoísmo, celos, murmuración, competencia, buen manejo de la economía y agresividad, lo que brinda ventaja en una sociedad de dominio femenino. Estas características permiten un máximo aprovechamiento de los recursos, pues de ambos sexos se esperan particularidades opuestas, permitiendo de esta forma de coaccionar al grupo. La autora además plantea la posibilidad de analizar la personalidad teniendo en cuenta tres aspectos: “a) Su apariencia real, tal como se presentan aparentemente; b) Su aspecto funcional dentro del marco de la cultura y c) su formulación ideal por parte del grupo” (Dussan, 1954 :108). Este tipo de estudios están muy ligados a los realizados por Margaret Mead (1993), Ruth Benedict (1971) y Ralph Linton (1983) en otras partes del mundo, estos trabajos serán referidos a lo largo de este capítulo.

Volviendo al territorio nacional, para los años sesenta, se hacen importantes investigaciones en el campo de la familia dirigidas por Virginia Gutiérrez de Pineda (En Sandoval, Moreno: 2008), su aporte teórico y concepto clave es el de:

“Complejos culturales o subculturas, en tanto dimensiones territoriales dotadas de un hábitat particular, al interior del cual se hallaba un conjunto poblacional con algunas especificidades étnicas, que instauró

históricamente sociedades representadas en instituciones, dentro de las cuales operaban valores, imágenes y pautas de comportamiento en complicada acción integrativa y bajo una marcada identidad (Gutiérrez, 1992 en Sandoval, Moreno, 2008:135).

De ahí que sea posible articular la cultura y la familia en territorio colombiano, pero hasta ahora solo ha sido aplicable en ciertas partes del país, por ejemplo: el antropólogo Hernán Henao (2000) con sus estudios de familia y cultura en Antioquia, por esto surge la necesidad de extender el estudio hacia las Islas, por supuesto con un enfoque un tanto diferente debido al avance teórico de los últimos años en la antropología colombiana, en especial el impacto de las derivaciones conceptuales que ha traído la antropología de la modernidad en diálogo con la sociología y diferentes disciplinas sociales.

Retomando a la doctora Virginia G. de Pineda (1994), esta puede ser considerada como una digna exponente de esta corriente teórica en el país dada sus preocupaciones sobre cómo era la familia colombiana, sin embargo su campo de acción no va más allá del estudio de los rasgos familiares en algunas regiones como el Santander, Antioquia, el Pacífico y la Costa Atlántica, a partir de esta dimensión regional, se considera este estudio como base para entender aspectos económicos y sociales de la población en general. Otro de los antropólogos que se enfocó en estudiar la familia en Colombia, fue Hernán Henao (2000), él basó sus estudios en la investigación de la familia antioqueña y las diferencias entre lo rural y lo urbano de las familias del territorio continental colombiano, dejando de lado no solo la parte insular, el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, sino también los estudios acerca de la infancia y la crianza.

Los estudios sobre la familia, son base de los estudios de la infancia y la crianza, pues se ha evidenciado la importancia que esta institución adquiere en términos sociales y culturales al momento de analizar un grupo determinado, ya que como se ha planteado anteriormente, en esta el individuo tiene su primer acercamiento con su todo cultural, se le brindan las bases educativas para su desarrollo como sujeto social.

En sociedades como los Arapesh en Nueva Guinea, a partir del estudio etnográfico de Margaret Mead (1994), se evidenció la importancia que se le da a las nuevas generaciones y a la crianza de estas, no solo para los padres de los nuevos integrantes, sino para toda la comunidad, es tarea de todos encargarse de la educación y socialización de los niños:

“No se presiona a nadie para que se dedique a una actividad especial. Solo se insiste en el deber de todos hacia los niños, la obligación de criarlos, proporcionarles alimentos y refugio y, en unos pocos casos, de asumir la responsabilidad adicional de guiarlos. Por lo demás, se deja que el niño en crecimiento trace sus propios planes; las niñas pueden aprender a tejer sacos de red y primorosas polleras de paja, hacerse diestras en el trenzado de cinturones y brazaletes, pero también pueden ignorar estas artes. Los arapesh no exigen a sus hombres y mujeres habilidades técnicas o condiciones brillantes, sino más bien emociones correctas y un carácter que encuentre en las actividades cooperativas y benéficas su más perfecta expresión” (124).

De esta manera es en la que todos se convierten en guías para que el niño crezca y se desarrolle en un ambiente de seguridad y de esta forma se adapte a la cultura.

Por casos como el anteriormente expuesto, se hace importante observar la infancia y las pautas de crianza en la cultura raizal, este sería un medio para tratar de comprender la complejidad de este grupo étnico, además de visibilizar sus particularidades entre la comunidad académica. También es importante resaltar la pertinencia de estos estudios en el país, ya que de este tipo y basados en la escuela de Cultura y Personalidad, son escasos los que se han desarrollado a nivel nacional.

Por consiguiente, se puede afirmar que la antropología en general y especialmente en Colombia con los estudios de Dussan (1954), Pineda (1994) y Henao (2000), hasta el día de hoy y pese a las influencias de la escuela de Cultura y Personalidad en las investigaciones no se ha evidenciado la importancia de estudiar la visión de los niños, sin embargo, ha dedicado todo su potencial a estudiar el mundo de los adultos, como si la voz de estos fuese la única habilitada para exponer y profundizar sobre una cultura en particular. En el siglo XXI es importante marcar la diferencia, sobre todo a partir de la obra de autores como Mead (1994) y Linton (1983), y construir una antropología de la infancia ya que los niños son parte de la realidad vivida de las sociedades del mundo, y estas han encontrado en los niños por medio de la crianza, una forma de transmitir los rasgos culturales de una generación a la siguiente.

1.2 La infancia como una etapa de adaptación cultural

Cada disciplina considera las etapas de la vida humana, en especial la infancia, según sus intereses y enfoques de estudio, por su parte:

“La antropología ha problematizado la noción de niñez, tal como lo hizo con el de la adolescencia, en vez de considerarla una variable “natural” o biológica ha propuesto pensarla como una variable cultural. Lo natural se refiere a áreas de acción y respuesta emocional que asumimos como “naturales”: la alimentación, la expresión de actitudes y sentimientos. Lo “natural” en cada sociedad surge de sus propias creencias y costumbres, de sus mitos, de sus imaginarios, de sus representaciones, etc.” (Goncalvez, Franco, 2009: 77).

Es por esto que es una etapa de interés académico a la que desde la antropología se le debería dar más importancia, debido a que es el principal motor para mantener viva la cultura.

Desde disciplinas como la sociología se define la infancia como:

“No es un fenómeno “natural”, directamente derivado del desarrollo físico, sino una construcción social que hace referencia a un estatus delimitado incorporado dentro de una estructura social y manifestado en ciertas formas típicas de conducta, todas ellas relacionadas con un conjunto concreto de elementos culturales” (Rodríguez, 2000: 101);

Si bien es una definición similar a la tenida en cuenta en el actual trabajo con enfoque antropológico, el recorrido que hace el sociólogo Iván Rodríguez Pascual por las diferentes definiciones de la infancia desde la disciplina, se evidencia que esta es considerada principalmente en el momento de la escuela, donde se empieza a mediar la educación del menor por instituciones

formales, en este caso centros educativos, iglesias, entre otros. En este caso la educación formal se convierte en un mediador social, quitándole importancia al primer contacto socializador del niño que se genera en la familia.

El estudio de la infancia ha permitido comprender las diferentes dinámicas culturales y sociales de diversos grupos humanos alrededor del mundo, como se puede colegir de las obras de Mead, Benedict y Linton. El niño representa la prolongación de una sociedad, es deber de los adultos la transmisión de conocimientos a las nuevas generaciones:

“Cada cultura simple y homogénea puede aceptar sólo unas pocas de las variadas dotes humanas y castigar o rechazar otras, demasiado antitéticas o extrañas a los fundamentos de su sistema, para que encuentren lugar en él. Habiendo tomado una cultura, en un principio, valores que algunos temperamentos humanos aprecian y otros no aceptan, va encerrando más y más firmemente esos valores en su estructura, en sus sistemas religiosos, políticos, en su arte y en su literatura; y cada nueva generación es conformada y firmemente definida, de acuerdo con la tendencia dominante” (Mead, 1994:12).

Es de esta manera que se fortalece la crianza de los niños, que no necesariamente es dada por los padres, sino que puede ser brindada por otros miembros de la familia como abuelos, tíos, primos o personas cercanas, consideradas como cuidadores.

Parafraseando a Carli (1999), uno de los aspectos más importantes a estudiar en la infancia es el giro que como categoría dio con la modernidad, debido a que esta trajo consigo el quiebre de una sociedad patriarcal, en la lucha por una ciudadanía democrática y en la posibilidad de construir una sociedad integrada, en donde se generan una serie de nuevos discursos alrededor de la familia y la escolaridad, y va adquiriendo cada vez más peso en el desarrollo del niño (4). La infancia se puede llegar a considerar como una clave cuando se pretende conocer aspectos de la identidad de las culturas, sin embargo, esta va ligada a las pautas de crianza, debido a que en esta etapa aún no se han desarrollado ciertas características fisiológicas y cognitivas, permitiendo que al adquirir unos rasgos que son identitarios, estos perduren en la persona hasta su edad adulta, cuando serán reproducidos en la siguiente generación, repitiendo así el ciclo (Vila, 2008: 4).

La crianza de los niños es de gran importancia para las sociedades, como veremos más adelante en el caso de San Andrés isla, es en ese momento en el que se va construyendo una próxima generación con unos rasgos y personalidad definidos correspondientes a lo que los cuidadores o padres inculcaron en ellos, como lo dice Margaret Mead:

“Es verdad que, en cualquier sociedad simple y homogénea, cuando los niños llegan a adultos, muestran en su personalidad los mismos rasgos que antes se observarán en sus padres. Pero no se trata de una simple imitación. Se verifica una relación más delicada y precisa entre la manera en que el niño ha sido alimentado, puesto a dormir, disciplinado, enseñado a controlarse, mimado, castigado y animado, y la acomodación (adjustment) definitiva del adulto. Además, el modo que tienen hombres y mujeres de tratar a sus niños es de capital importancia

en la constitución de la personalidad adulta de cualquier pueblo, y es el punto en que se hace más agudo el contraste entre sexos” (1994: 50).

Por medio de la crianza se van transmitiendo los roles que desempeñan tanto hombres como mujeres, además de las pautas de comportamiento que se consideran correctas o no.

Sin embargo todo ser humano nace con unas necesidades básicas de orden biológico y unas psíquicas, planteadas por Malinowski (1984) como necesidades básicas (psicobiológicas), aquellas impuestas por el metabolismo, la reproducción y condiciones fisiológicas; y necesidades instrumentales, simbólica o integradoras (culturales), aquellas relacionadas con el uso de utensilios, realización de actos simbólicos, entre otras. Es claro que desde el nacimiento estas necesidades se están evidenciando y es deber de los padres o cuidadores del niño responder y satisfacerlas. El niño espera obtener cierto grado de respuestas emotivas por parte de quienes lo rodean, y estas están relacionadas a la satisfacción de sus necesidades de tipo biológico:

“Todo ser humano recibe de sus mayores una instrucción deliberada, con propósitos definidos, y en esta forma se van transmitiendo de generación en generación las complejas pautas de conducta. El incentivo del individuo para ajustarse a estas pautas radica en la satisfacción que proporcionan a sus necesidades personales, especialmente la de lograr una respuesta favorable por parte de los demás.” (Linton, 1983: 38 - 39).

Naturalmente, las conductas favorables, como se evidenció en el trabajo de campo, se aprenden mucho más rápido que aquellas que no lo son y que la

cultura como un todo debe suministrar una guía para todos y cada uno de los momentos de la vida.

Es por ello que dentro de la cultura la educación puede aprenderse de diferentes formas:

“La educación nos viene de la naturaleza, de los hombres o de las cosas. El desenvolvimiento interno de nuestras facultades y de nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que aprendemos a hacer de este desenvolvimiento o desarrollo por medio de sus enseñanzas, es la educación humana, y la adquirida por nuestra propia experiencia sobre los objetos que nos afectan, es la educación de las cosas” (Rousseau, 2005:7).

Cada sociedad toma estos tres elementos y en base a ellos giran sus costumbres, dándose una apropiación particular en la que cada grupo se diferencia de otro, con prácticas distintas y costumbres para enseñar en las diferentes etapas etarias del ser humano:

“El aprendizaje en este período temprano se da dentro de patrones culturales; es decir, son siempre diversos y pueden cambiar de acuerdo con la cultura y la sociedad: “En cada cultura, los padres tienden a seguir prácticas de educación infantil como la alimentación, limpieza y trato dado a los niños que varían ampliamente según las sociedades...”” (Harris, 1998, en Goncalvez, Franco, 2009: 91).

Dependiendo de la forma en la que se apliquen las prácticas de educación infantil, será el carácter y la manera en la que el individuo responda ante las diversas situaciones de la vida cuando se encuentre en edad adulta.

Partiendo del hecho de que: “una cultura es la configuración de la conducta aprendida y los resultados de la conducta, cuyos elementos comparten y transmiten miembros de una sociedad” (Linton, 1983: 45); se tendría que en toda sociedad existe un modelo ideal de conducta, que guía la crianza con el fin de que los individuos, según su clase social, pertenencia étnica, entre otros, sean lo más similares posibles a este modelo; en los niños el aprendizaje en el hogar es un factor clave, pues lleva consigo la idea de imponer en el individuo las pautas de conducta correspondientes a su sociedad:

“En esta forma al enfrentarse una nueva situación, el individuo reacciona, no únicamente de acuerdo con su realidad objetiva, sino también según las actitudes, valores y conocimientos que haya adquirido como resultado de su experiencia anterior” (Linton, 1983: 47).

Si se toman al pie de la letra los planteamientos de Linton, la experiencia es acumulativa desde la infancia hasta la vejez, pero es en la primera donde ocurre un proceso más profundo y acelerado, sentando las bases para la vida. El cuidado que reciben los niños durante este periodo es muy importante, pues da cimientos que les permite guiar su experiencia de vida al llegar a la edad adulta y a su vez facilita su adaptación al grupo. La relación de los padres o cuidadores con los niños en el proceso de aprendizaje durante los primeros años de la infancia, determina el éxito cognitivo, social y emocional del niño ya que es en esta edad en la que las personas son más receptivas y los conocimientos se reciben con mayor fluidez.

Según Linton (1983) la cultura es un continuo, una construcción social que surge a partir del contacto entre las personas, quienes desde lo individual

aportan a la formación de un colectivo que poco a poco se va convirtiendo en lo que se entiende como sociedad, con unas formas de vida particulares que se fortalecen con el paso de las generaciones y con el contacto con otros grupos diferentes, de los que también se van seleccionando algunas características. Es de esta manera en la que se van construyendo y fortaleciendo los caracteres identitarios de los grupos, mejor entendidos como identidad societal o identidad colectiva, pero este punto en particular se tratará en el siguiente capítulo teniendo en cuenta el caso específico de la identidad raizal.

Parafraseando a Linton (1983), desde la infancia todo ser humano recibe instrucciones de sus mayores con un propósito definido, al ejecutarlas correctamente el niño recibe una respuesta favorable asumiendo las pautas culturales como un todo inmutable, con el paso del tiempo y a través de la imitación, ya sea de un adulto o de otros niños, las instrucciones se convierten en hábitos, llevándolo a desarrollar su papel social de forma eficaz; Pero para lograr funcionar con éxito en la vida social, el individuo debe asumir una conducta estereotipada desde el momento de su nacimiento, ajustándose a los patrones culturales, más que a su propio deseo, desde el punto de vista del niño: “el proceso de socialización es, pues, el de aprender lo que tiene que hacer para otras personas y saber lo que de ellas está destinado a esperar” (Linton, 1983: 33). De la familia se espera que supla en primera instancia las necesidades básicas del individuo y que sea una guía para la incorporación exitosa a la estructura social.

1.3 Crianza, socialización y transmisión

En el sentido más amplio de las ciencias sociales, hasta ahora son reducidos los investigadores que se han encargado de realizar estudios relacionados con la crianza. Por consiguiente, la antropología no ha estado al margen de esta situación y se encargó de estudiar el mundo de los adultos, relegando así el análisis de los niños:

“Se puede afirmar que incluso en la misma antropología —hasta hace poco— el niño no era considerado un actor social en sí mismo sino, en el mejor de los casos, una suerte de “reflejo” del mundo de los adultos. La superación de estos prejuicios van a tener consecuencias metodológicas en las ciencias que estudian la niñez; el niño por ejemplo será considerado un informante “completo”, confiable, interesante para la investigación en ciencias sociales.” (Goncalvez, Franco, 2009:79).

Con esto se ignora la importancia que los estudios de la infancia brindan a la hora de entender aspectos claves de la cultura, pues es a través de la crianza de los niños que estos aprenden ciertos patrones de conducta:

“A través de la instrucción e imitación, el individuo desarrolla hábitos que lo llevan a desempeñar su papel social, no solo con eficacia, sino también de una manera inconsciente. Lo que hace posible la existencia de las sociedades humanas es esta aptitud para reunir en una sola configuración elementos de conducta que satisfacen las necesidades individuales y las sociales y para aprender a transmitir dichas configuraciones como todos.” (Linton, 1983: 39).

Estos patrones culturales son mucho más claros cuando se estudian en los niños debido a que: “incluso el niño llega ante el investigador provisto de su bagaje de experiencia” (Linton, 1983: 17), esta es aprendida de sus mayores y a la vez de su propia experiencia en el mundo a medida que va creciendo.

Como se mencionó anteriormente los niños no son sujetos pasivos en la cultura, sino sujetos activos que deberían tener voz en la interpretación de la cultura, como hasta ahora lo han hecho los adultos.

En términos de Durkheim (1982):

“Es hecho social toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o también, que es general dentro de la extensión de una sociedad dada, a la vez que tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales” (46).

Por ello en la medida que se reconoce el poder de la coacción externa en los patrones culturales, se reconoce su carácter de hecho social, por ende, están dotados además de un poder imperativo y coercitivo mediante el cual se opone al individuo, en nuestro caso particular a los infantes.

Las pautas o patrones culturales están establecidas desde antes del nacimiento del niño, es decir que existen por fuera de él y de su conciencia individual: “he aquí, por tanto, modos de pensar y sentir que presentan la notable propiedad que existen fuera de las conciencias individuales” (Durkheim, 1982: 38). Cuando la propia personalidad está de acuerdo con los patrones culturales, la coacción no se hace sentir o lo hace de manera muy sutil, en estos casos resulta inútil. Pero cuando el niño pretende violar dichas pautas: “la conciencia pública se opone a todo acto que las ofenda mediante la vigilancia que ejerce sobre la conducta” (Durkheim, 1982: 38). Para el caso de los niños este papel vigilante es cumplido por los adultos que constantemente están

coordinando el comportamiento del menor para que sea acorde al modelo social establecido.

En primera instancia, la crianza que recibe el niño por parte de la familia es una forma de moldeado con el fin de hacerlo apto para la vida social, es deber de los adultos ayudar a construirlo como ser social y cultural (Carli, 1999: 5). Hay que tener en cuenta que el primer acercamiento del niño con su cultura, se da en el hogar por medio de la crianza, entendida como: “estrategias de socialización, con la finalidad de influir, educar y orientar a los hijos para su integración social” (Ramírez, 2005: 167); Esta no se puede tomar como algo universal, puesto que es posible afirmar que hay unas tendencias globales de comportamiento y es claro que cada grupo humano emplea sus propias estrategias para cumplir con su objetivo.

En la crianza se pueden identificar varios métodos disciplinarios y autoritarios por parte de los padres o cuidadores, con el fin de corregir los rasgos de conducta desfavorables. Estos métodos hacen parte fundamental de la construcción de la personalidad del niño (Ramírez, 2005: 169). De esta forma se le transmiten características identitarias, aunque es válido aclarar que según Linton (1983) la crianza no es un proceso que implica arbitrariedad y en la que se le da oportunidad al niño de desarrollar su conducta infantil y a su vez se van implantando en él las normas sociales que debe seguir de una forma contundente, asegurando de esta forma la perduración de rasgos culturales hasta la adultez.

Llevar a cabo la crianza de forma correcta, es decir, como el ideal cultural lo indica, es uno de los objetivos principales de la familia, pues es esta la

institución encargada de que cada uno de sus miembros se comporte de una forma “adecuada” en la sociedad. Es por ello que la familia es una institución fundamental en la crianza, de ahí que resulte vital definirla.

La familia en Colombia ha sido trabajada por Gutiérrez de Pineda (1994), proponiendo en sus investigaciones tipologías de familia, que se ubican por regiones y a las que se les asigna ciertas características, pero en esta división familiar se ha invisibilizado el tipo de familia del archipiélago, Sandoval y Moreno (2008) ofrecen un resumen acertado acerca del tema:

- a) *Complejo andino o americano*: abarca los departamentos de Cundinamarca, Boyacá y la parte central de la Cordillera Oriental, también los del Cauca, Nariño y sur del Huila en la región sur-occidental (particularmente en las zonas de Páramo y subpáramo).
- b) *El complejo cultural santandereano o neo hispánico*: comprendido en la parte norte de la Cordillera Oriental.
- c) *El complejo negroide*: comprendido en la llanura del Pacífico y Costa Atlántica, incluidos algunos sectores de las riberas del Magdalena y el Cauca.
- d) *El complejo de la montaña o antioqueño*: ubicado en el sector medio de la Cordillera Central” (135 -136).

En este modelo se ignora por completo el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, la Orinoquia y la Amazonia; invisibilizado a los habitantes de dichas regiones por considerarse como parte de la periferia del país. A su vez este resulta muy generalizante, sin embargo, abre las puertas para situar el análisis en términos globales, dinámicos y, más importante aún, en contextos sociales específicos.

Pero para hablar de familia, en especial de la configuración de la familia raizal, es importante reconocer las limitaciones que esta categoría presenta para la antropología debido a que en un país tan diverso étnicamente las generalizaciones se hacen casi imposibles (Henao, 2000), puesto que “la palabra familia es de uso tan común, y se refiere a un tipo de realidad tan ligado a la experiencia cotidiana” (Lévi-Strauss, 1956:7), que el concepto ha sido usado desmedidamente, es por ello que se hace importante definirla.

En la actualidad el concepto de familia es restringido y se refiere a realidades diversas, según Lévi-Strauss (1956) la familia está “constituida por una unión más o menos duradera y socialmente aprobada de un hombre, y una mujer y los hijos de ambos” (9-10) y a esto el autor denominó “familia restringida” (Lévi-Strauss, 1956: 27), pues no toma en cuenta los demás parientes que en algunos casos también forman parte integral de la familia.

La familia también puede ser definida como una institución, donde “las relaciones familiares están permeadas por normas, valores, percepciones atadas a símbolos y representaciones que en la realidad circulan y se integran tanto a nivel del hogar como a nivel de la comunidad” (Salles 1991: 54), Murdock (1949) por su parte plantea la familia como un grupo social caracterizado por una residencia común, cooperación económica y reproducción. En consecuencia con estas definiciones es evidente que en una familia cada miembro cumple con una función específica, que está avalada por toda la comunidad. La familia también permite la formación del carácter personal y social del individuo durante la infancia, es el núcleo de la sociedad donde la cultura y la identidad cultural son reproducidas.

La familia tal como lo se ha venido argumentando y en un sentido más amplio la sociedad, utiliza como mecanismo de enseñanza la recompensa y el castigo de determinadas conductas (Linton, 1983). De esta forma se logra que los niños aprendan las pautas de conducta que deben seguir, permitiendo con esto un cierto grado de homogeneización de las características del grupo social:

“El éxito de la preparación del individuo para ocupar un sitio en la sociedad depende de la uniformidad de la conducta de los miembros de la sociedad. El muchacho puede aprender a actuar como hombre y aspirar a ser un hombre próspero el día de mañana, porque todos los de su sociedad están de acuerdo en cómo deben conducirse los hombres, y los recompensa o castiga según se acerque a estas pautas o se aparten de ellas. Al conjunto de éstas los antropólogos le llaman patrones culturales. Sin ellos no es posible que ninguna sociedad funcione o sobreviva.” (Linton, 1983: 33 - 34).

De aquí que los patrones culturales sean el reflejo de querer ser de la vida social un ideal, pero la realidad puede presentar variedad de matices en el comportamiento del niño y por ende de los adultos, pero la existencia de dichos patrones tiene como fundamento la recompensa o aceptación social, logrando así presionar a quienes no se amoldan a ellos, pues quienes no lo hacen obtendrán resultados negativos o bien un castigo.

Para académicos como Marvin Harris, la crianza puede ser considerada como un proceso de *endoculturación*, definida como:

“Una experiencia de aprendizaje parcialmente consciente y parcialmente inconsciente a través de la cual la generación de más edad incita, induce y obliga a la generación más joven a adoptar los modos tradicionales de pensar y comportarse” (Harris, 1998 en: Goncalvez, Franco, 2009: 88) .

Sin embargo, es posible afirmar que es por medio de las “pautas de crianza” (Linton, 1983; Mead, 1994), entendidas como: “las acciones de los padres y las personas responsables del cuidado del niño para dar una respuesta cotidiana y rutinaria a sus necesidades” (Goncalves, Franco, 2009:101); es que se hace posible la endoculturación.

1.4 San Andrés Isla: búsqueda de una identidad raizal

Para abordar el tema de San Andrés Isla, sus pobladores, formas de vida, su contexto histórico, los procesos identitarios, entre otros aspectos clave, es importante primero revisar el papel que ocupa y que ha ocupado el archipiélago en el país a lo largo de la historia, a partir de las investigaciones desde la antropología.

Los antropólogos colombianos en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, han realizado investigaciones como por ejemplo Nina S. Friedemann (1964), quien basó, gran parte de sus investigaciones en las negritudes, la mayoría de ellas desarrolladas en el pacífico colombiano, también realizó investigaciones en el archipiélago, en la que realiza una descripción de la vida en la isla de San Andrés y las creencias y rituales religiosos alrededor de la muerte; además académicos como Silvia Torres

(2010), Sandra Correa (2012), James Parsons (1985), Peter Wilson (2003), Andrea Leiva (2013), entre otros, han realizado diversos estudios en el archipiélago con enfoques diferentes, en los que se propone considerar a la población raizal como un ente político, analizando los diferentes movimientos que han surgido con el paso de los años, se analiza la problemática del narcotráfico y se evidencian los sistemas políticos, económicos y religiosos de los habitantes de este territorio.

El diverso poblamiento y los procesos migratorios que se han dado en la Isla permiten desencadenar una gran cantidad de conflictos identitarios y de implicaciones sociales, políticas y culturales (Torres, 2010), puesto que durante el periodo de conquista se vivió una situación particular entre esclavos y conquistadores, como en la gran mayoría de islas del Caribe, los pobladores fueron en su mayoría africanos esclavos provenientes de África occidental que al llegar a las islas debían reconstruir una nueva forma de vida:

“Lo que sin lugar a dudas compartían los esclavos en un principio era su esclavitud; todo – o casi todo– lo demás tuvieron que crearlo ellos mismos. Para que las comunidades de esclavos tomaran forma, tuvieron que establecerse patrones normativos de conducta, y estos patrones sólo podían crearse con base en formas particulares de interacción social.” (Mintz, Price, 2012: 62).

Es de esta manera, que a través de los años los pobladores de la Isla fueron construyendo lo que en la actualidad se puede considerar como una identidad raizal o raizalidad, como se analizará en los capítulos siguientes.

Se puede afirmar que los procesos migratorios son los que influyen de una manera importante en la forma de considerar la alteridad, ya que según la información recogida durante el trabajo de campo, se hizo evidente que son los continentales o *pañas* quienes según los raizales han llegado con unas formas de vida definidas y va a permear su cultura y costumbres raizales.

Es de aclarar que en esta investigación no tiene el objetivo del análisis del proceso de construcción de la identidad los que son considerados foráneos o comúnmente llamados *pañas*, sino, comprender el desarrollo y la conformación de una cultura local, en el caso concreto, una cultura raizal.

Sin embargo no puede ignorarse que en la isla:

“Las nuevas formas de la experiencia social, en un contexto de redefinición de ‘las lógicas familiares’ está modificando en forma inédita las condiciones en las cuales se construye la identidad de los niños y transcurren las infancias de las nuevas generaciones” (Carli, 1999: 1).

La identidad de los niños se desarrolla en la familia, por medio de la crianza, entendida como proceso de socialización por el cual los individuos adquieren un conjunto de cualidades psicológicas, sociales y culturales que son necesarias para funcionar como miembro del propio grupo. En la construcción de la identidad los parientes inmediatos del niño, cumplen una función primordial, debido a que ellos actúan como variante mediadora, determinando qué aspectos de la cultura se mantienen y se inculcan a los niños. Las personas de todas las culturas experimentan esta situación por medio de la cual aprenden habilidades y competencias de vida, valores e identidad cultural.

La identidad es una construcción social que permite al individuo pensarse a sí mismo (yo) en relación a otros (alteridad) y a la vez como miembro de un grupo (Erickson, 1977; Scandroglio, 2005; Morales, 1999; Chihu, 2002). El conocimiento y comprensión de que uno mismo es miembro de un grupo, implica a su vez, una serie de valores, conductas y sentimientos que tienen implicaciones directas en dicha pertenencia (Linton, 1983). La identidad se construye a partir de la alteridad es por ello que para ser consciente de que existe la propia identidad como grupo es necesaria una sociedad plural, en la que coexistan múltiples grupos. Esta pluralidad facilita la formación y el mantenimiento de la propia identidad, debido a que hace posible evidenciar las diferencias entre unos y otros, es por ello que cabe decir que para que exista la identidad, debe existir también la alteridad (Erickson, 1977).

Este es el caso de San Andrés, pues debido a su declaratoria como Puerto Libre en 1953, la configuración de su población se hizo cada vez más heterogénea (Torres, 2010), afirmándose entre los pobladores la identidad raizal y entre los forasteros la identidad continental:

“La ruptura que generó el Puerto Libre con el pasado colonial, empujó a que las nuevas formas de identificación cultural ya no perpetuaron la tensión entre un poder dominante imperial —el inglés, en este caso— y una fuerza subalterna —los pobladores isleños—. No de la forma como podría uno pensar que se han construido las identidades en una isla como Jamaica, por ejemplo, en donde se mantiene, así sea por oposición, una relación con su antigua metrópoli. No obstante, ya no con un antiguo poder imperial sino con uno ajeno nacional, la “nueva”

configuración social de la Isla de San Andrés estuvo caracterizada por relaciones de dominación y subalternidad, en donde la tradición continental colombiana se sobrepuso a la isleña, por varias décadas” (Ramírez, 2003: 37 en Torres, 2010: 85).

Aunque actualmente podría decirse que estas relaciones de *subalternidad* aún se dan, no de forma tan marcada, pero que se hacen evidentes al momento de analizar la distribución de los recursos básicos tales como el agua y la energía de los pobladores de la Isla, además de tener en cuenta que algunas tradiciones se consideran como perdidas. Pero estos análisis serían foco de una futura investigación.

Para el caso de San Andrés Isla, es necesario mencionar que desde la llegada de los nuevos pobladores desde los años 50, han aumentado los nacimientos de migrantes de la Isla, generando esto un problema para los raizales (Torres, 2010). Estos nuevos habitantes de la Isla hacen parte población isleña, mas no de la raizal, poseen costumbres diferentes modificando de esta manera lo que se considera la ‘identidad raizal’, de esta forma es importante indagar sobre en qué consiste la identidad raizal, cómo se construye y qué mecanismos se emplean para conservarla.

Las formas de crianza, darían cuenta de este fenómeno, ya que es allí donde, en esencia, se enmarcan las diferencias:

“El hecho de que la conducta sea enseñada al sujeto en forma de configuraciones organizadas y no las desarrolle por sí mismo a partir de su propia experiencia. Esto significa que la manera por la que una

persona responde a una situación determinada muestra a menudo lo que ha sido su enseñanza, más bien que lo que es su personalidad” (Linton, 1983: 39).

Los patrones y creencias de la crianza no son elementos diseñados de manera consciente por la sociedad determinada, estos son constantemente modificados y permeados por lo individual (Linton, 1983), los cambios generacionales y por el contacto transcultural, es de esta manera que no se puede precisar la originalidad de una cultura, pues estas son dinámicas y constantemente cambiantes, de igual forma tampoco pueden considerarse únicamente por sus características morales, éticos, estéticas y demás que se transmiten por medio de la crianza, pues estos patrones no siempre son funcionales y por lo general no existe un único modelo de transmisión, sino que estos se encuentran influenciados constantemente, esto como producto de la misma transculturación.

Este sería un punto clave a observar en San Andrés Isla, teniendo en cuenta la historia del poblamiento y punto coyuntural para la cultura raizal, como lo fue la declaratoria de Puerto Libre en 1953 por el general Gustavo Rojas Pinilla. Como consecuencia de esto migraron a la Isla una cantidad significativa¹ de personas de la Costa Atlántica y diversos departamentos del interior del país, llamados “pañas” (hispano hablantes), como también llegaron pobladores de otros países, llamados “turcos” (sirio-libaneses) (Torres, 2010).

¹ Ver tablas de censos en TORRES, Silvia Elena. “¿Raizales, pañas, fifty- fifty, turcos y/o isleños?: Construcción de identidades en un contexto multiétnico”. Universidad Nacional de Colombia, Sede Caribe, Instituto de Estudios Caribeños. Universidad de Cartagena- Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Maestría en Estudios del Caribe, Colombia, 2010.

Actualmente en la Isla no se le da reconocimiento únicamente a raizales y migrantes, también se reconocen como población isleña:

“Otro grupo que si bien no es étnico, sí aparece como categoría social, estos son los denominados fifty-fifty o half and half. Se asocia a este grupo a todos los isleños o sus descendientes que son producto de las distintas mezclas entre la población raizal y los demás grupos culturales que cohabitan en la isla o de uniones con extranjeros (entre los que se pueden destacar centroamericanos, especialmente hondureños y nicaragüenses, y europeos principalmente italianos y alemanes). A pesar de que este grupo es el resultado de las uniones interétnicas, la mayoría se asumen culturalmente como raizales por el concepto de ancestralidad, aunque no hablen el idioma de la etnia o no vivan en el territorio insular.” (Torres, 2010: 55).

Esto podría generar más conflictos y crisis identitarias, puesto que cada grupo habitante de la Isla, posee diferentes costumbres y formas de vida y es bajo estas pautas que están creciendo las nuevas generaciones de raizales, dejando de lado el legado “real” de la cultura raizal.

Se puede considerar que cada uno de los niños de San Andrés Isla, hace parte de una familia particular u organización celular, estas son importantes si consideramos que hay una interacción dentro cada familia, un canal de doble vía donde se aportan y reciben constantemente elementos identitarios. Esta pertenencia proporciona satisfacciones y a su vez ciertas obligaciones específicas respecto a la organización celular y a la sociedad.

Para esta investigación resulta importante el hecho de que muchas de las pautas culturales son adscritas al individuo en calidad de miembro de una familia, pero a su vez no se debe olvidar que también es miembro de la sociedad.

El sistema social en la Isla, al ser complejo es de base clasificatoria, es decir, que dentro de su estructura existen posiciones de rango, la posición que un grupo ocupa en un momento dado en el sistema será su status respecto al sistema mismo. Al status están vinculados una serie de patrones culturales, representados en valores, actitudes y conductas, además todo status está ligado a una función particular o conjunto de patrones. Este depende de la edad y el sexo del individuo, además de su pertenencia a una familia por filiación o alianza, por lo tanto es una característica dinámica que se modifica regularmente. Dentro de la sociedad sanandresana pueden identificarse tres grandes subgrupos, Pañas, Isleños y Raizales, cada uno de estos tiene un rango definido dentro de la estructura social isleña y cada uno de sus miembros cuenta con un status determinado que lleva consigo el cumplimiento de ciertas normas, actitudes y conductas.

A pesar de los esfuerzos de investigadores como Sandra Correa, Andrea Leiva, James Parsons, Sandra Torres, entre otros, no se ha logrado que el archipiélago y sus pobladores sean visibilizados dentro y fuera de las Islas, puesto que; “los raizales son invisibilizados desde su propia cultura por ser minoría étnica” (Mincultura, 2010: 9). Es importante aclarar que no se busca reivindicar los derechos sociales frente al resto de las minorías étnicas, sino

una reivindicación desde su propia cultura, un reconocimiento de sí mismos y del papel que realmente juegan como cultura en una sociedad compleja.

1.5 ¿Es la crianza un medio para construir una identidad raizal?

Resulta importante resaltar que:

“Las representaciones sociales que acerca de la infancia tiene una comunidad dada constituyen un conjunto de implícitos o de saberes cotidianos resistentes al cambio (sean verdaderos o falsos desde cualquier disciplina científica), y tienen cuerpo de realidad psicosocial, ya que no sólo existen en las mentes, sino que generan procesos (interrelaciones, interacciones e interinfluencias sociales) que se imponen a la infancia y condicionan a niños y niñas, limitando la posibilidad de experiencias o perspectivas de análisis fuera de esta lógica” (Casas, 2006: 30).

Por lo anterior se puede afirmar que aunque los niños forman parte de la periferia de los estudios antropológicos, en ellos es posible evidenciar la forma en la que opera la construcción de la identidad, pues estos son la base del todo cultural, la continuidad de la cultura y la identidad raizal pesa sobre sus hombros, es por ello que se debe observar el caso raizal como un caso particular que va a proporcionar nociones de una construcción de identidad en estas personas desde una edad temprana, cuando se comienza a socializar con los demás miembros de la población.

Como anteriormente se mencionó, es en el eje familiar donde el niño tiene su primer acercamiento con la cultura a la que pertenece, es deber de la familia dar a conocer e inculcar en el niño las características que van a crear en él las nociones de su identidad colectiva que lo van a hacer sentir que hace parte del todo cultural. Como se argumentó a lo largo del capítulo la etapa de la infancia es importante ya que en ese momento de la vida se adquiere un sentido de pertenencia con la sociedad, se aprende la socialización con los otros miembros del grupo, se inicia un aprendizaje de las técnicas del cuerpo y el tipo de comportamiento que se deben tener dependiendo de los momentos, se dan las primeras enseñanzas que van a marcar y diferenciar los roles que desempeñan hombres y mujeres de la comunidad, entre otros. Se espera por tanto que sea por medio de este aprendizaje que se dé la transmisión de caracteres identitarios que van definiendo al sujeto como miembro de la cultura, en este caso, ser raizal.

A partir de los planteamientos anteriores queda abierta la pregunta y la discusión con respecto a la construcción de una identidad raizal por medio de las pautas de crianza, sin embargo, sí se puede afirmar que analizando estas pautas y este grupo etario se puede llegar a comprender gran parte de los elementos y características de una cultura específica, siendo en este caso la raizal. También se debe puntualizar la importancia que van adquiriendo las investigaciones realizadas con la infancia.

Un lugar como San Andrés Isla, debido a su localización puede reforzar el sentimiento de lejanía del resto del mundo, fortaleciendo las tradiciones locales y aunque es evidente la influencia de las costumbres continentales en la vida raizal, y la brecha que existe entre unas y otras no es muy palpable, siguen

habiendo unos rasgos tradicionales de la cultura raizal que se evidencian sobre todo en crianza y se van transmitiendo a las nuevas generaciones, estos rasgos son los que esta investigación pretenden evidenciar y comprender en la Isla.

2. ETNICIDAD, IDENTIDAD Y POBLACIÓN RAIZAL

2.1 Raizales como grupo étnico

Tal como se dijo en el capítulo anterior, la isla de San Andrés es habitada por una diversidad de personas pertenecientes a grupos culturales diferentes, como lo son los migrantes continentales provenientes de diversas regiones del país y del mundo, más conocidos en la Isla como “pañas”; los raizales, considerados como los primeros pobladores del archipiélago y caracterizados como un grupo étnico dentro del país; y finalmente, el resultado de la mezcla de estas dos poblaciones, conocidos como “fifty-fifty”. A continuación se hará una construcción de la definición del término “raizal”, para evidenciar quiénes son considerados como tales dentro de la población y todas las implicaciones que esto tiene en la identidad de grupo, no solo a nivel departamental sino a nivel nacional.

Se hace importante resaltar nuevamente, que la presente investigación no tiene el propósito de ver a la comunidad raizal desde el enfoque teórico propuesto por Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha (1984), en el que se consideraría lo negro como un objeto de estudio y mucho menos pensar *lo negro* como sujeto (s) diaspórico, aunque no deja de reconocerse la importancia que los estudios de las negritudes han tenido y siguen teniendo en la antropología colombiana. En esta investigación, interesa ver a la comunidad raizal más allá del color de piel o de la huella de africanía, la preocupación es por su identidad, aquello que los hace únicos como comunidad, los reafirma a sí mismos frente al mundo y transmiten de una generación a otra.

Para comprender el caso raizal es necesario realizar un recorrido del surgimiento de las actuales sociedades complejas desde su formación hasta la conformación de grandes sistemas colectivos nacionales. Se debe tener en cuenta que, “El ser humano de todas las épocas, desde el primer puntapié in útero, hasta el último suspiro, está organizado en agrupamientos de coherencia geográfica e histórica de familia, clase, comunidad, nación” (Erickson, 1983: 30). Es a partir de estas agrupaciones, y las relaciones que de estas surgen, que se encuentra la base de la identidad individual y colectiva.

Pero es de aclarar que el resultado de estas agrupaciones anteriormente mencionadas, no solo es la identidad tanto individual como colectiva, sino también se generan sistemas culturales complejos, estados-nación desarrollados en territorios y con características específicas; el politólogo e historiador Benedict Anderson (1993) define la nación de una manera particular: “Solo puedo decir que una nación existe cuando un número considerable de miembros de una comunidad consideran formar parte de una nación, o se comportan como si así ocurriera” (23). De este planteamiento nace el concepto de *comunidad imaginada* y al respecto dice:

“Así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.” (1993: 23);

Esto es aplicable al caso específico de los raizales de San Andrés isla, ya que se construye una comunidad política imaginada para diferenciarse del resto de pobladores de la Isla y obtener de esta manera unos beneficios por parte del gobierno nacional, permitiéndoles esto considerarse propios del territorio que habitan, sin necesidad de conocer al resto de coterráneos.

Teniendo en cuenta la propuesta anterior, es necesario definir el concepto de “grupo étnico”, para de esta forma analizar concretamente el contexto de la población raizal. El antropólogo Fredrik Barth (1976) lo define como unas “categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por tanto, la característica de organizar la interacción entre los individuos” (Barth, 1976:11), por su parte el filósofo Pedro Gómez da una definición no muy lejana de la anterior, él propone que “el término grupo étnico hace referencia al conjunto de individuos que comparten una cultura, algunos de cuyos rasgos son utilizados como signos diacríticos de pertenencia y adscripción, y cuyos miembros se sienten unidos mediante una conciencia de singularidad históricamente generada” (Gómez, 1998:10).

En las ciencias sociales, en especial para la antropología se considera un grupo étnico como aquella comunidad que:

“1. En gran medida se autoperpetúa biológicamente. 2. Comparte valores culturales fundamentales relacionados con unidad manifiesta en formas culturales. 3. Integra un campo de comunicación e interacción. 4. Cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros y que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden.” (Barth, 1976:11).

Esto permite que en esta investigación se entienda el grupo étnico como un grupo de individuos que comparten los mismos rasgos culturales, además tienen sentido de pertenencia respecto al grupo, es decir se identifican con él, por lo mismo tienen una conciencia histórica que los une. Los raizales como grupo étnico se consideran a sí mismos unidos por el parentesco biológico, además de tener una historia compartida, sus costumbres son similares y lo más importante se auto identifican como tales.

El concepto de grupo étnico en Colombia es empleado con fines políticos, ya que a partir de esta caracterización del Estado se le permite a estas poblaciones que se desarrollen como grupos culturales diferentes a la sociedad hegemónica nacional, al tiempo le proporciona beneficios constitucionales con el fin de promover la conservación y transmisión de estas características culturales que los hacen únicos.

Para el caso raizal se da el reconocimiento y definición como grupo étnico en la Constitución Política de 1991.

“Artículo 310. El Departamento Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina se regirá, además de las normas previstas en la Constitución y las leyes para los otros departamentos, por las normas especiales que en materia administrativa, de inmigración, fiscal, de comercio exterior, de cambios, financiera y de fomento económico establezca el legislador. Mediante ley aprobada por la mayoría de los miembros de cada cámara se podrá limitar el ejercicio de los derechos de circulación y residencia, establecer controles a la densidad de la población, regular el uso del suelo y someter a condiciones especiales la enajenación de bienes inmuebles con el fin de proteger la identidad

cultural de las comunidades nativas y preservar el ambiente y los recursos naturales del Archipiélago. Mediante la creación de los municipios a que hubiere lugar, la Asamblea Departamental garantizará la expresión institucional de las comunidades raizales de San Andrés.”

Este artículo se fortalece y especifica luego.

“En el artículo 310 en relación a la comunidad afrodescendiente de San Andrés y Providencia; especificada en las Sentencias C-530 de 1993 y C-454/99; población que ha sido sujeto de políticas, planes y programas especiales dadas sus particularidades socioculturales diferenciadas de otras comunidades negras del continente colombiano” (Mow, 2010:21).

A partir de allí se le garantizan derechos colectivos de reconocimiento por ser parte de la diversidad étnica de la nación; la ley 70 de 1993 también brinda derechos constitucionales a las comunidades negras del país, estos permiten la protección de la identidad cultural y desarrollo propio, educación y un avance en el desarrollo de derechos territoriales, ambientales, políticos, económicos, sociales y culturales de estas comunidades. Para el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina se da este desarrollo de derechos específicamente en la ley 47 de 1993, en la que se le otorgan normas especiales para la organización y funcionamiento del Departamento, en esta se mencionan normas relacionadas con el control poblacional en el territorio, preservación, conservación y distribución del patrimonio, protección de los recursos naturales, educación, protección de la cultura, entre otras de aspecto político, económico y turístico.

Es en ese momento en el que se oficializa la diferencia entre los pobladores de la Isla, los isleños, ahora nombrados raizales, reivindican sus características culturales, haciendo de estas una identidad étnica, esta declaración de grupo étnico permite la conservación y transmisión de estas formas de vida particulares:

“Gran parte del contenido cultural que en un momento dado es asociado con una comunidad humana no está restringido por estos límites; puede variar, puede ser aprendido y modificarse sin guardar ninguna relación crítica con la conservación de los límites del grupo étnico. Por esta razón, cuando se traza la historia de un grupo étnico en el curso del tiempo, no se está trazando, simultáneamente y en el mismo sentido, la historia de una “cultura”; los elementos de la cultura actual de ese grupo étnico no han surgido del conjunto particular de elementos constitutivos de la cultura del grupo en el pasado, ya que el grupo tiene una existencia continua organizada dentro de ciertos límites que, a pesar de las modificaciones, la señalan como una unidad continua” (Barth, 1976: 49).

Esta unidad continua se puede entender como la identidad étnica, que es compartida por la mayor parte de los miembros del grupo y es transmitida entre generaciones: “La identidad étnica está asociada con un conjunto de normas de valor, específicamente culturales, se concluye que existen circunstancias donde esta identidad puede expresarse con éxito moderado, y límites cuyo traspaso está vedado” (Barth, 1976: 31).

El término raizal más que una categoría de adscripción étnica se ha convertido en un referente identitario para determinar características culturales de los

nativos isleños de San Andrés, entendidos y considerados como los primeros pobladores de la Isla.

Esto como uno de los tipos de etnicidad planteados por Susana Devalle (2002), en la que se da la etnicidad como identidad y/o como política de la diferencia, esta surge como una forma de discriminación que es sustentada y argumentada sobre la base de la diferencia cultural y es empleada para explicar y justificar las relaciones asimétricas y de subordinación sobre grupos sociales considerados desde el poder como culturalmente diferentes. Sin embargo, Devalle menciona la necesidad de entender esta etnicidad según el contexto y los procesos de diferenciación social y de formación de clases, para de esta forma comprender la naturaleza de la sociedad específica:

“La etnicidad, por tanto, debe verse como un proceso cuyos significados sólo pueden comprenderse en contexto, evolucionando en el curso de la historia en circunstancias sociales específicas de un pueblo dado. Aún más, el desarrollo de procesos étnicos y de clase en la misma formación social se añade la complejidad de la naturaleza procesual de la etnicidad. La articulación de estos dos procesos, etnicidad y clase, y sus contradicciones sólo llegan a aprehenderse al observarse la dimensión histórica en cual éstos tienen lugar” (Devalle, 2002: 10).

Es por esto que surge la necesidad de analizar el caso raizal específicamente en San Andrés, de esta forma comprender los procesos de etnización de este grupo cultural y las implicaciones que han tenido sobre la vida y desarrollo social de estas personas, pues como lo menciona Maya Pérez:

“El surgimiento de movimientos sociales y de reivindicación étnica y política entre las poblaciones caracterizadas como étnicas, ha conducido

a procesos de redefinición de los usos y significados de ser etnia, al tiempo que ha propiciado el surgimiento de posicionamientos específicos acerca de cómo debe ser la inserción de las etnias dentro de los Estados nacionales, en un contexto en el cual estas exigen derechos propios: la integración y la homogeneización cultural o la persistencia y el derecho a la diferencia cultural” (Pérez, 2007: 38).

2.2 ¿Y de la identidad qué?

En gran parte de los textos relacionados con el archipiélago, especialmente con San Andrés isla (Wilson, 2003; Leiva, 2013 y Torres, 2010) se habla sobre “identidad raizal”. Este concepto se ha vuelto de uso cotidiano, de tal forma que se habla de esta “identidad raizal” con frecuencia sin dar una definición específica, es por ello que resulta indispensable en primera instancia definirlo, desde la lenguaje académico, pero más importante aún, desde las voces de las personas raizales, que son quienes viven y construyen diariamente su propia realidad.

La identidad como concepto ha adquirido un creciente interés, debido a la globalización los modos de vida están en constante cambio. Paradójicamente la identidad no tiene una definición clara, es por ello que puede abordarse de diversas formas:

“La «identidad», aparte de referirse a la cualidad de lo idéntico (que se dice aquello que es lo mismo que otra cosa con la que se compara), alude al «hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca»; o en matemática, la «igualdad que se verifica siempre, sea

cualquiera el valor de la variable». De modo que la identidad puede significar la permanencia de las características de uno mismo con relación a sí mismo (suponemos que en momentos diferentes del tiempo); o bien la exacta semejanza de las características de uno con respecto a las de otro (en tiempos o espacios diferentes). En el primer caso, la identidad de uno es lo que lo constituye a diferencia de otros, es decir, lo que otros no comparten; en el segundo, es lo que tienen en común uno y otro u otros, o sea, lo que todos comparten. Esta ambivalencia semántica ha escorado con toda inercia hacia la primera acepción; aunque, al predicarse generalmente de colectivos, conserva algo del sentido de lo compartido, pero recalcando lo compartido por un conjunto en contraposición a todos los otros conjuntos, que supuestamente no lo comparten.” (Gómez, 1998: 1).

Debido a esto, la identidad puede ser un arma de doble filo, pues al ser polisémica, “puede ser significativa para excluir y discriminar negativamente; pero también sirve para discriminar positivamente, para incluir a otras personas, quizás en un proceso de reivindicación de derechos” (Wade, 2008: 121). Es por ello que puede ser utilizada para defender las formas de vida propia que tiene una comunidad, en este caso particular, la comunidad raizal.

La identidad es entonces definida desde la dualidad absoluta, es decir, solo puede ser definida en contraste u oposición con otra identidad “Para buscar igualdad se tiene que acentuar la diferencia; para lograr el universalismo, se tiene que enfocar la particularidad” (Wade, 2008: 121). Este fenómeno hace que la comprensión de la identidad sea de tipo descriptivo, en la cual se pueden mencionar una serie de rasgos definitorios, la complejidad social hace que la cuestión no sea fácil de abordar.

La identidad tal y como la plantea el antropólogo Eduardo Restrepo (2007), es una serie de prácticas de marcación y diferenciación de un 'nosotros' con respecto a 'otros'. Esta es posible en tanto se establecen diferencias entre interioridad-permanencia y exterioridad-exclusión. La identidad es una construcción histórica que recrea imaginarios colectivos, es por esto que no deja de transformarse así sea considerada como estática y ancestral.

Observando la identidad individual, es necesario entenderla como múltiple, con articulaciones, contradicciones, tensiones y antagonismos; es por esto que sería más apropiado hablar de identidad en plural y no vista como una sola:

“Ninguna identidad supone un significado estable y compartido por todos los individuos y colectividades de forma homogénea. Las identidades no son definidas de una vez y pasa siempre, sino que las cadenas denotativas y connotativas asociadas a una identidad específica se desprenden de prácticas significantes concreta, de las interacciones específicas entre diversos individuos donde se evidencia la multiplicidad de sus significados” (Restrepo, 2007:31).

Es necesario resaltar que los estudios de identidad no se pueden limitar únicamente a la narrativa, sino también examinar las prácticas de la población que hacen evidente la identidad:

“En el estudio de las identidades es tan importante lo que la gente dice como sus silencios. Debe tenerse presente los contextos e interacciones en las cuales lo dicho y los silencios de las identidades operan, lo dicho y los silencios tienen que contrastarse con los significados y las representaciones que son puestas en contextos específicos” (2007:33).

Esto con el fin de comprender con más profundidad las identidades de los grupos en concreto.

El en contexto de esta investigación, el análisis de la identidad implica un esfuerzo por comprender las prácticas sociales no como rasgos inmóviles, sino como elementos relativos en la compleja red de relaciones sociales fluctuantes, con el fin de analizar lo que constituye la identidad raizal o raizalidad como la nombraremos de aquí en adelante.

Es de aclarar que el término raizal es meramente político y que surge después de la Constitución Política de 1991 en la que se reconoce el país como multiétnico y pluricultural, sin embargo ha sido útil para marcar la diferencia entre los primeros habitantes de la Isla, los nuevos habitantes y los nacidos en el territorio. Generando un efecto político que les brinda ciertos beneficios legales:

“En los raizales, este ‘efecto político’ (Dover y Rapaport 1996 y Gros 2000) se expresa por el intento de recuperar las memorias y las relaciones con unos ancestros, para reivindicarlos en el presente bajo la idea de una comunidad raizal. Esta auto-definición tiene un efecto claro y es la identificación con un territorio y la posibilidad de diferenciarse frente a la población colombiana y los otros grupos étnicos, para lograr espacios legales como el artículo 310 de la Constitución Política de 1991” (Leiva, 2013: 146).

Según el antropólogo Aquiles Chihu (2002) existe un vínculo psicológico que permite que una persona se sienta unida a su grupo, a esto se le puede denominar como identidad social o identidad colectiva, para que una persona

logre este vínculo debe reunir tres condiciones, primero debe percibir que pertenece a un grupo; en segundo lugar debe ser consciente que al pertenecer al grupo particular, las personas externas al grupo le asignan un calificativo negativo o positivo, según sea el caso; y en tercer lugar la persona debe sentir un cierto afecto derivado de la conciencia de pertenecer a dicho grupo y así mismo asumir la no pertenencia a otros grupos. (2002: 5-6). Es por ello que se hace posible afirmar que al mismo tiempo que un individuo se siente miembro de un grupo, se diferencia de los miembros de otros grupos:

“La etnicidad nunca se ha traducido en un discurso único. La memoria colectiva puede entenderse como un anda de la identidad y, a la vez, como un vasto campo fértil para el surgimiento de nuevas y variadas formulaciones de la identidad. Así, las identidades colectivas no existen en forma pura y fija, sino que se forjan con base en una multiplicidad de elementos interrelacionados susceptibles de modificación en el curso del tiempo. De esta manera, en el terreno político, la presencia del factor étnico en realidad ha resultado en una abundancia de “combinaciones de lo más raras.” (Devalle, 2002: 9).

Es así como:

“Frente a la imagen del actor social ciego, definido de manera puramente objetiva y encerrado en el determinismo de situaciones y sistemas, se levanta la rehabilitación de la subjetividad del actor y del punto de vista que elabora sobre sí mismo” (Dubert, 1989).

Es primordial definir la identidad desde la mirada de la propia comunidad raizal y de esta manera comprender el alcance de la importancia que esta tiene en la vida y desarrollo de estas personas.

2.3 “Raizalidad” en San Andrés Isla

La raizalidad, como se dijo anteriormente, es definida por los propios miembros de la comunidad raizal como: “una cultura de un régimen de personas que empezaron una comunidad dentro de una tierra que se llama San Andrés” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015). Esta declaración da cuenta de la importancia que tiene para los raizales la forma de vida que se ha construido en la Isla y el vínculo que esta tiene con el territorio, de otra forma: “Raizal es nacido, crecido en la misma tierra con la misma gente de la tierra” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 febrero de 2015). En ambas citas es evidente la conexión y la importancia del territorio para este grupo étnico, ya que este genera un sentido de pertenencia cultural. Es de resaltar que como grupo étnico los raizales tienen una forma de vida y unas particularidades culturales que los diferencian del resto de habitantes del país. Estas formas de vida también fortalecen el sentido de pertenencia al grupo y por consiguiente la identidad raizal, en esta medida es deber de todos mantenerlas y transmitir las entre generaciones:

“Ser raizal es digamos ser parte de todas las costumbres que todos nuestros ancestros nos han enseñado, la manera como vestimos, como hablamos, la lengua. Ser raizal es seguir esas creencias, esas culturas que nuestros abuelos nos han enseñado que son de aquí de San Andrés” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Por ello es pertinente afirmar que el término raizal hace referencia a las raíces:

“Raizal es solo que sus antepasados han sido de aquí, han venido, se han quedado, se han establecido y han seguido viviendo aquí... yo considero que si hablamos de raíces, las raíces salieron de aquí. Pero aquí en San Andrés consideramos más que todo la cultura de los ingleses que vinieron de hace muchos años, y los esclavos que están aquí desde hace siglos, eso es lo que consideramos raizal” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015).

Estas raíces son entendidas como aquellas primeras familias que habitaron las islas, es así que se determina esta categoría de adscripción étnica teniendo en cuenta los lazos parentales de las personas. Son considerados raizales, aquellos seres descendientes de estas primeras familias:

“Lo que yo tengo entendido por raizal es que tiene que ver con las personas que desde hace muchos años habitaron la Isla y han mantenido sus generaciones aquí, entonces yo en ese sentido me considero raizal” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015).

Con esto se entiende que la raizalidad está estrechamente ligada a la idea de la ancestralidad, esto hace parte vital de la identidad raizal, pues da un valor simbólico a las costumbres y a los modos de vida que se han llevado a cabo en la Isla, el raizal debe “ser dueño de su tierra” (Padre, 45 años / 18 de febrero de 2015), además de cumplir y tener los rasgos específicos que se mencionan con frecuencia entre estos: “El raizal en sí es su pesca, es su finca, es los paseos que se pueden hacer, no solo ir al almacén, es reunirse y ser felices” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015).

La relación del ser raizal con los ancestros es clave en el momento de identificar quiénes son o no raizales: “Uno se hace raizal porque sus raíces están aquí, abuelos, bisabuelos, sus raíces son de aquí. Tenemos todas nuestras tradiciones de aquí” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015). Aunque es evidente que influyen otros rasgos culturales que se consideran fundamentales para ser llamado y aceptado como raizal: “Debe hablar inglés, tengo que hacer caso, respetar a los padres, los abuelos, los tíos, los padrinos, a los profesores. Hay que compartir con los otros” (Grupo de niñas, hijas, entre los 6 y los 8 años / 18 de febrero de 2015).

Pero es a partir de la coyuntura social vivida con la declaratoria de Puerto Libre, que han aumentado los matrimonios entre raizales y continentales, es por ello que en muchos casos la raizalidad es adquirida por consanguinidad materna y paterna: “Raizal es ser autónomo de la tierra, de la isla. Si tu mamá y tu papá son de aquí entonces eres raizal, como uno dice en inglés *local people*” (Padre, 45 años / 18 de febrero de 2015). Sin embargo existen quienes afirman que esta transmisión identitaria se da principalmente por la línea materna:

“Yo soy isleña pero mi mamá barranquillera entonces no soy completamente raizal, y casi siempre uno adopta las costumbres de la mamá, entonces de pronto mis hijas no son tan raizales de tener el creole, las costumbres y básicamente eso con el tiempo y en el sector en que uno vive, esas cosas se van como perdiendo” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

Aunque a través de la observación participante realizada en la Isla fue posible evidenciar cómo la transmisión de la identidad se da por línea materna y paterna de igual manera, la importancia radica en que ambos padres pertenezcan al grupo cultural en concreto, en este caso, al raizal.

La forma sencilla y más antigua de identificación de la raizalidad se da por medio de los apellidos, estos en su mayoría de ascendencia inglesa: “De pronto los apellidos, es lo que yo entiendo como raizal, estos nos diferencian del continental y del residente” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015). Este modo de identificación en la práctica social aún se vuelve confuso es por ello que en muchos de los casos, únicamente llevar el apellido no hace que la comunidad reconozca la raizalidad del individuo, ya que se tiene cierto código de conducta que se debe llevar para ser considerado parte del grupo raizal. En observaciones realizadas en campo en un grupo de niños raizales entre los 6 y 12 años, se logra notar el rechazo a uno de ellos por no tener un manejo fluido del idioma y por ser de un tono de piel más clara que el resto. Sin embargo, se pudo verificar que el niño es hijo de padre raizal y madre continental, y su crianza se ha dado en un área cultural y geográficamente considerada como raizal en la que se tienen costumbres y formas de vida específicas.

Para la comunidad raizal es indispensable que sus costumbres sean transmitidas y perpetuadas de generación en generación con el fin de conservar en el tiempo la identidad colectiva: “El raizal debe educar a sus hijos para que conozca su terreno, el terreno no es la casa ni la finca, es llegar a conocerse uno mismo, de dónde viene y hacia dónde va” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015). Es por ello que se hace evidente la importancia de tener conocimiento de sus raíces, la forma de vida que se debe tener como medio para conservar la raizalidad. “Lo primordial de un raizal es tener presente quién eres y de dónde eres, eso es lo primordial. El raizal tiene que mantener su imagen, mantener el idioma, la cultura” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015).

Partiendo de los planteamientos anteriores, la raizalidad en el contexto de la isla de San Andrés, se podría afirmar que hace referencia a una persona perteneciente a una colectividad, tiene sentido de pertenencia con el territorio y las tradiciones culturales propias que son transmitidas entre generaciones. Es sabido que el concepto raizal hace referencia a los primeros pobladores del archipiélago, sin embargo no se pretende generalizar esta definición, ya que en las demás islas se vive una realidad diferente según se pudo constatar en terreno.

La raizalidad puede ser vista como una estrategia de visibilización de la comunidad Raizal, como una forma de conservar un estilo de vida particular en un territorio que ha sido reconocido más que todo por el turismo, dejando de lado a los habitantes y su cultura particular. Por lo que se hace importante destacar que la raizalidad más que una etiqueta identitaria de adscripción étnica o un señalamiento de la diferencia, es una forma de vida, que se ha convertido en la forma de visibilización de las tradiciones y costumbres de San Andrés. La identidad raizal es transmitida a las generaciones más jóvenes por medio de la crianza es por ello que a continuación se desarrollarán más a profundidad los componentes culturales que esta trae consigo.

3. FAMILIA, CRIANZA E INFANCIA RAIZAL: UN ANÁLISIS CONTEXTUAL

3.1 De la familia y la crianza.

La familia es aquella institución social de la que se espera supla las necesidades básicas de todo individuo y sea la guía para que este se incorpore correctamente a la estructura social. En esta las relaciones están permeadas por normas, valores, símbolos y representaciones a nivel cultural, permitiendo la formación de un carácter personal y social del individuo, por lo general este proceso formativo se da durante la infancia, especialmente por medio de crianza.

Para referirse a la familia y las pautas de crianza hay que hacer hincapié en que estas no son universales, la forma de criar a los niños, como grupo etario, es particular a cada sociedad. Se puede considerar la familia como el núcleo en el que la cultura es reproducida, allí se le aportan al individuo las bases y el conocimiento necesario para que se pueda adaptar al grupo social al que pertenece.

La familia por medio de la crianza le proporciona al niño los elementos necesarios para desarrollar un carácter individual y social, con esto se le enseñan características culturales que son conservadas hasta la edad adulta. En el contexto raizal de San Andrés Isla, la familia se considera como “una cadena y hay que mantenerla” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de

2015). Es en ella en la que se le enseña a todo nuevo individuo el conocimiento de su pasado, su historia, raíces, costumbres y demás rasgos que favorezcan y garanticen a futuro la cultura.

Es importante aclarar que en San Andrés la infancia abarca el periodo de la vida desde el nacimiento hasta que se reconoce socialmente como un adulto, esto puede suceder hasta aproximadamente los 18 años, edad en la que los hijos comienzan sus estudios superiores (dentro o fuera de la Isla), trabajan para su propio sustento o bien deciden conformar una familia propia. Este comportamiento evidencia la importancia de los hijos y de la compañía de los padres, es por esto que la crianza por parte de los mayores se da durante toda la vida. “El isleño tiene algo más que todo con sus hijos, los crían hasta viejos” (Padre, 45 años / 18 de febrero de 2015); es claro que esta crianza se da con una mayor intensidad durante el periodo de la infancia.

3.2 La familia raizal a la luz del parentesco.

La conformación de las familias no es un universal definido únicamente por la filiación, cada grupo humano determina quiénes son los miembros que conforman una familia, por medio de la filiación, la afiliación y la forma de residencia, es por esto que en la Isla:

“Una familia no era solo papá y mamá, sino los vecinos, porque los vecinos si usted hacía algo, ellos estaban pendientes para corregirte, y contarle a mamá y papá y ellos le agradecen a ese vecino porque lo estaba corrigiendo” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Así se evidencia que entre la población raizal de la Isla se puede hablar de un modelo de familia extensa, entendida como aquella en la que conviven varias unidades maritales, incluso dentro de las mismas generaciones (Gómez, 2010), es decir, no está limitada a la residencia en la misma casa o terreno, ni a lazos parentales cercanos.

La forma de residencia es una característica relevante al momento de hablar de las familias raizales de San Andrés isla, es usual que esta sea de tipo patrilocal, es decir, que la convivencia de un matrimonio se efectúa en el territorio de la familia paterna del esposo:

“Es más común que la mujer se vaya para el terreno de su esposo, otra creencia que tenemos nosotros es que la casa es más que todo para los hijos varones entonces por lo general es la esposa que se va para el lote o la casa de los suegros” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Existen situaciones en las que este tipo de residencia no es posible por diversos motivos, en ese caso el nuevo matrimonio se desplaza al lote de la familia de la esposa, sin que esto sea mal visto o genere problemas dentro de la población.

Los grupos humanos establecen reglas o formas de descendencia particulares, estas pueden ser por línea materna (matrilineal), paterna (patrilineal) o ambas (bilateral o cognaticia). En el caso de la Isla se hace evidente que la herencia de las propiedades se da por línea paterna, además la casa de los padres es heredada por el ultimogénito: “En la familia de San Andrés el último hijo era el que quedaba con la casa, hombre o mujer, el último” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015); y la tradición cultural es transmitida por línea

materna: “Mi esposo es barranquillero, pero mis hijos son Raizales porque yo soy la que influyo sobre ellos” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015). De esta forma se puede decir que se tiene una forma de descendencia bilateral con tendencia matrilineal, ya que se considera la transmisión de la cultura un aspecto muy importante para la comunidad.

Dentro de toda cultura se construye consciente o inconscientemente un modelo de familia ideal, suponiendo que esta estructura es la que desempeña de forma correcta la crianza dentro de la sociedad, los raizales de San Andrés no son una excepción, estos consideran que:

“El modelo de una familia ideal es que los padres sean líderes, los hijos imitan lo que les enseñan sus padres sobre todo en la parte del respeto, una familia que cría a sus hijos y que los saca adelante y ellos entienden perfectamente lo que es una familia, cómo se debe convivir en familia. Que los padres sean guías y que esos hijos vean en sus padres un ejemplo que puedan seguir” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Por otro lado, socialmente existen unas normas que guían quiénes idealmente deben conformar la familia, estas normas o códigos culturales hacen énfasis en la existencia de las figuras materna y paterna, y además se extienden al ámbito religioso:

“Que estén la mamá, el papá y los hijos y que Dios sea el centro de esa familia, es muy importante para nosotros la comunidad raizal tener una creencia en Dios independientemente de su religión” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Teniendo en cuenta los planteamientos de Ximena Pachón (2008), este modelo de familia cristiana es evidente desde principios del siglo XX en todo el país, se esperaba que bajo la imagen de la Sagrada Familia se aprendieran patrones de comportamiento aceptables para la vida en comunidad.

El modelo de familia tradicional colombiana antes de 1960 planteada por Virginia Gutiérrez de Pineda, en su artículo “Modalidades familiares de fin de siglo” (2005), menciona que la familia tenía características religiosas, monógamas, dependencia económica de las mujeres e hijos del esposo, separación de labores por género, territorios adscritos por sexo, entre otros. Es un modelo que aún perdura y se evidencia en las familias de la Isla, estas son familias basadas en la religión, más allá de la denominación religiosa a la que se asista: católica, bautista, adventista o cristiana, lo realmente importante es tener una base religiosa y a partir de allí, seguir las normas de conducta y los valores que son reforzados por la creencia judeo cristiana, lo que guía muchos aspectos de la vida cotidiana de las personas. Si bien lo anterior se refiere a un modelo de familia ideal, no significa que las familias de este grupo sean así y que se cumpla el modelo descrito en todos los casos.

Las familias reconocidas socialmente como raizales tradicionales tienen unas costumbres y actividades específicas que hacen parte de la vida cotidiana, estas tienen la función de transmitir la cultura a las generaciones más jóvenes. Por lo general, cada una de estas tradiciones familiares están de una u otra forma ligadas directa o indirectamente con la vida religiosa:

“Una familia típica raizal tiene sus creencias, nosotros nacimos bajo la religión bautista... a nosotros nos acostumbraron a que todos los domingos uno tenía que ir al culto desde pequeño, tuvimos una niñez

muy bella porque San Andrés era un lugar en que todos vivíamos en familia, teníamos patios donde la mamá en la tardecita nos enseñaba cánticos en inglés, cómo hacer las oraciones, cuando íbamos a dormir nos enseñaron a orar, los abuelitos se sentaban con nosotros los domingos a hablarnos, contarnos historias bíblicas, la abuelita sí era más bien la que nos hablaba de su niñez, su juventud, dónde vivían, cómo era San Andrés antes. Fuimos criados en eso” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

El primer contacto del niño con la cultura se da en la familia, el padre y la madre juegan un rol activo en el aprendizaje y endoculturación de este. Aunque no existe un modelo único y definitivo de crianza es posible encontrar algunos aspectos comunes que comparten las familias de la Isla:

“Las prácticas educativas que adoptamos con nuestros hijos no suelen provenir de análisis informados y profesionales, sino de estrategias que muchas veces se han ido transmitiendo de generación en generación (con algunas adaptaciones a la “época”), y, a pesar de que algunas veces hemos cuestionado diversas formas con las que nos educaron, en el momento de la acción frente a nuestros hijos solemos traicionarnos y tendemos a hacer lo mismo que hemos aprendido, visto, vivido y criticado cuando fuimos educados” (Aguilar, 1990: 11).

Es por esto que en el contexto estudiado se encuentran aún características culturales de tiempos pasados que han perdurado en la actualidad en las familias Raizales.

Este modelo de familia Raizal, aunque tradicional, ha sufrido ciertas modificaciones con el paso de los años y a partir de cambios políticos y

económicos que se han dado en la Isla, principalmente desde 1953 cuando el presidente general Gustavo Rojas Pinilla declaró a la Isla como Puerto Libre, y como se mencionó en capítulos anteriores, seguido de esto llegan a la Isla un gran número de migrantes provenientes del interior del país y de diferentes partes del mundo; esto hace que el modelo de vida “propio” se debilite y se tengan como consecuencia de la aculturación modificaciones como se hará evidente a continuación.

Uno de los cambios más notables fue la inserción de la mujer al ámbito laboral, ya que: “Las mujeres de San Andrés anteriormente, han sido amas de casa y no de trabajar, como dice la Biblia el hombre tiene que trabajar y la mujer no” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015); pero en algunas familias tradicionales la mujer se ha convertido en una proveedora económica de la familia, por lo que se rompe la estructura de la familia en la que la madre está dedicada al cuidado y la crianza de sus propios hijos, lo que trae consigo la necesidad del temprano ingreso de los niños a la escuela o bien, el acompañamiento constante de miembros cercanos como abuelos, tíos o vecinos, y la influencia de estos en la crianza de los niños.

Para efectos de esta investigación se plantea el concepto de *cuidador*, refiriéndose a una persona que puede o no pertenecer a la familia y que es la encargada de cuidar y velar por el bienestar de los menores que tiene a su cargo. Esta persona debe identificar y cubrir las necesidades de los menores, realizando labores directas y en ocasiones autónomas en el hogar. Por lo tanto, el cuidador está directamente relacionado con la crianza de los niños.

3.3 Familia extensa: “Debemos cooperar uno con el otro, es una gran familia”²

Es importante aclarar que las relaciones cercanas con vecinos y otros parientes diferentes de la familia nuclear, que se dan en la Isla no son un hecho reciente, pues estas hacen parte del modelo de familia extensa. En este modelo de familia y de relaciones parentales estrechos, se evidencia una ayuda mutua con el cuidado de los hijos, las tierras, los cultivos, a veces incluso, un apoyo económico en momentos de dificultad, una cooperación constante entre miembros de la comunidad:

“Para nosotros siempre va a ser muy importante estar cerca de la familia, porque siempre va estar ese apoyo, es algo muy típico de la familia raizal, el apoyarnos económicamente, si el día de hoy yo no tengo comida yo sé que mi mamá tiene, mi hermano tiene, aquí nos apoyamos, si mi hermano no tiene yo también ayudo, si yo no tengo que salir pues mi hermano me pide quédate con mi hijo y así, es muy importante esa cercanía” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Esta forma de convivencia y de relaciones cercanas entre parientes es un sistema de derechos y obligaciones entre familias:

“Un pariente es considerado como alguien sobre quien uno tiene una cantidad de derechos y a quien se debe una cantidad de obligaciones. A un pariente se le puede pedir comida, vestido y amparo o ayuda en una contienda familiar.” (Mead, 1993: 62).

² Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015.

La importancia de los parientes y de la vida en comunidad se le transmite a los niños desde una etapa muy temprana, con el fin de que estos lo asuman como algo innato, lo pongan en práctica y a su vez continúen con la transmisión.

Debido a la forma de residencia con tendencia patrilocal que caracteriza a los Raizales desde tiempos pasados, es evidente la relación estrecha y parental con los vecinos, sin embargo, son pocas las familias que aún tienen la posibilidad de mantener este tipo de residencia, pero esto no ha sido impedimento para que las relaciones con los vecinos se mantengan, estos se consideran como personas influyentes en la crianza, cuidado y desarrollo de los niños. Se crean lazos entre las familias en los que es responsabilidad de todos, el cuidado y la enseñanza de los niños:

“Para los raizales es también muy importante y estamos de acuerdo que si mi hija hizo algo malo y alguien la quiere reprender alguien de la comunidad raizal, pues también, estamos de acuerdo en eso, no solo la familia ayuda en la crianza sino también los vecinos pueden ayudar en la crianza” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Estos lazos también permiten la cooperación mutua que antes se mencionaba, en la que todos los raizales son considerados familia y se tiene el deseo de que todos se encuentren en condiciones óptimas de vida: “Siendo raizales cuando estamos formados aprendemos la ayuda mutua, nosotros debemos cooperar uno con el otro, es una sola familia” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

Cada padre, madre o cuidador desempeña un papel específico en la crianza y este a su vez se relaciona con los roles familiares y de género que cada uno

debe desempeñar, por ejemplo, se espera que las mujeres enseñen el idioma creole a sus hijos:

“Mis hijos hablan los dos idiomas, el español y el creole, yo empecé desde pequeños a enseñarles el idioma, les cuento mis historias de cuando era niña, ellos saben todo lo de la cultura, lo entienden, saben profundamente lo raizal, ellos crecieron con esos principios porque ellos se criaron con mi mamá y aprendieron de ella” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015);

Y los deberes que deben cumplirse en el hogar:

“He tratado de enseñarle a cada uno que tiene sus propias funciones y no porque son chiquitos yo tengo que hacerles todo, yo les he enseñado una labor en la casa, por ejemplo les he enseñado que cada uno antes irse al colegio dejen su cama organizada, yo no les tiendo la cama ni les recojo el desorden. Cada uno tiene un papel importante, por ejemplo cuando yo estoy trabajando y ellos están en vacaciones, el papel de la hermana es cuidar a los hermanos, el papel del segundo es el que me ayuda a sacar las basuras y a estar pendiente de que no falte nada en la casa, es el de los mandados” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

A pesar de lo que comúnmente se piensa, los hombres en San Andrés también juegan un papel activo en la crianza de los hijos, enseñando trabajos manuales, actividades de subsistencia o bien corrigiendo comportamientos que no son considerados como correctos:

“Él (padre) les exige y cuando adoptan una postura que no es ideal y muy conveniente, actitudes que no son legales o así, entonces como que las regaña, y les dice que nosotros no somos así, también las

motiva con el idioma, él les habla el creole, las lleva a pescar a la Cooperativa y a ellas les gusta, a veces van al monte o cuando vamos donde los amigos que son raizales que viven en La Loma allá cocinamos todos en familia nos unimos. Las llevan al trapiche artesanal” (Madre, 45 años / 4 de febrero de 2015).

Al igual que las madres, los padres tienen un papel de transmisores de la cultura a los niños.

Otros miembros de la familia o cuidadores juegan también un papel importante en la transmisión de la cultura, en el caso de los abuelos estos desempeñan una labor que es de resaltar, tanto abuelos paternos como maternos, al ser mayores son considerados como personas sabias y que poseen un status alto dentro de la sociedad, por lo tanto gozan de gran respetabilidad, sus consejos son aceptados con agrado e incluso son solicitados en algunos momentos de la vida. La abuela tiene una gran importancia en la crianza de los hijos, sobre todo en la transmisión de los saberes tradicionales, sus consejos son atendidos por la madre y en ocasiones los niños pasan largos periodos de tiempo con ella para que sean enseñados los conocimientos tradicionales:

“Nosotros siempre le hemos dicho a los niños, les hablamos en el idioma, los mando a Providencia donde mi suegra y ella le enseña mucho de los ancestros, aquí los apellidos son una sola familia entonces nosotros les decimos quiénes son sus abuelos, sus ancestros para que ellos conozcan de dónde vienen” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

Este comportamiento refuerza la idea de que las mujeres son las encargadas de la mayor transmisión cultural a los niños, y a su vez el apoyo que reciben los

padres en el modelo de familia extensa en la crianza, se genera un sentimiento de seguridad al momento de enseñar y corregir, ya que esto se considera una labor compartida entre la comunidad y no únicamente compromiso de los padres.

3.4 El rol de la madre y el padre en la crianza de los niños

En los diferentes grupos culturales es común encontrar cierta división de labores por grupos de edad, estatus social, condición sexual, entre otros. Generalmente, es evidente la distribución de tareas entre hombres y mujeres. En las familias raizales esta característica también es visible, se espera que cada miembro desarrolle un rol específico dentro del núcleo para de esta manera tener todo en orden y dentro lo que se considera como de lo normal.

Las madres deben asumir el rol de transmisoras de ciertas costumbres culturalmente importantes, se espera que se le brinde un acompañamiento total a los niños por parte de la madre y que esta le enseñe cosas básicas como labores del hogar, más específicamente, hacer el aseo, ordenar la casa y cocinar, orar en momentos concretos y ser una persona respetuosa con los demás; por lo general este rol también es asumido por abuelas, tías y primas, según la ocupación de la madre.

Por el lado paterno, se espera que este sea una figura de autoridad en el hogar, este impone y hace cumplir las reglas, al tiempo se encarga de ser proveedor de la familia, supliendo las necesidades económicas. Muchos de los padres entrevistados se desempeñan laboralmente en la pesca artesanal, actividad tradicionalmente raizal; estos padres hacen de la pesca una actividad

recreativa para los niños, es importante que estos la aprendan, es por esto que es posible afirmar que el padre también es un transmisor de la cultura a las nuevas generaciones sobre todo aquellas labores relacionadas con los trabajos tradicionales. Es válido resaltar que el rol autoritario y proveedor también puede ser desempeñado por otros hombres de la familia como abuelos, tíos o primos.

“Los papás trabajaban y se encargaban de conseguir la comida y las madres ayudaban con la crianza de los hijos, a enseñarles el respeto a los mayores, cuando va uno a alguna parte hay que saludar de “buenos días”, cuando los mayores hablan uno no se mete en esas conversaciones” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Así como se espera que padre y madre desempeñen roles individuales, también hay labores específicas que se desarrollan en conjunto, como la enseñanza del idioma y la práctica de la religión como un imponderable de su vida, con esto, de cierta forma se "asegura" la conservación y transmisión de su cultura a las nuevas generaciones, demostrando de esta manera que efectivamente la familia es el primer acercamiento y la preparación para una vida en comunidad con ciertos rasgos culturales previamente aprendidos por medio de la crianza.

3.5 “Somos hombres de mar”³... ¿Qué hay del territorio?

Para las familias Raizales el territorio hace parte de la identidad, y se puede hablar de esta en una perspectiva geográfica, esta relación tiene una naturaleza simbólica y material, y a su vez permite inscribir los hechos sociales

³ Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015.

en una continuidad espacio temporal. Esta dinámica se expresa de tres formas: lo que es el territorio, lo que el territorio dice de sí mismo y lo que sus habitantes creen que es (Benedetto, 2010: 228).

La identidad territorial en la Isla se vive como una dimensión física de la cultura, es por ello que resulta valioso enseñarle a los niños quiénes conforman su familia y de dónde viene, es muy importante para ellos conocer la raíz de su linaje: “Mi familia está conformada por los padres de mi papá, mis padres, mis bisabuelos y mis ancestros, mis tíos, mis primos y mis hermanos” (Hija, 11 años / 24 de febrero de 2015). Esto les da una mayor apropiación del territorio que habitan, debido a que lo carga de significados, remitiendo a la ancestralidad y su historia como comunidad, un espacio físico y simbólico para darle continuidad no solo a las tradiciones sino al linaje y la conservación de este.

El territorio para la población Raizal es un componente primordial para el desarrollo exitoso de sus costumbres, es por ello que existe un fuerte vínculo con él: “Somos hombres de mar” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015). Es en este marco que la trasmisión de las actividades relacionadas al territorio, en especial con el mar, se hacen importantes, entre estas se encuentra la pesca, muchos de los hombres raizales basan su actividad económica en esta labor, es algo que se ha mantenido en la cultura desde sus inicios, al estar ubicada en un área geográficamente estratégica es posible recolectar una cantidad abundante de especies marinas que fundamentan sus comidas tradicionales.

La pesca ha sido una forma de apropiación del territorio, esta se convierte en una actividad familiar en la que se pretende enseñarle a los niños el sentido de pertenencia con el territorio que habitan. “Mis hijas saben pescar, no excelente pero sí saben, allá mismo en la Cooperativa yo las llevo y les doy su *nylon* y ellas sacan. Es una cultura que uno no debe dejar perder” (Padre, 45 años / 18 de febrero de 2015). Esta apropiación del territorio y principalmente del mar, se hace visible también en la construcción de los juguetes y en los juegos que son enseñados a los niños.

“Mi papá y yo hacíamos botes de vela en madera, hacíamos competencias. El niño tenía que aprender a hacer un bote de un árbol que se llama ‘algodón’ o de cedro y el primer bote que se hacía era en la concha del coco. Con eso comenzábamos a navegar” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015).

Esto con el fin de infundir en el niño una idea de la labor que posiblemente desarrollará en la adultez.

3.6 “La educación empieza en casa”⁴: Transmisión de la cultura raizal.

Existen otras actividades que se realizan en familia y que también se reconocen como actividades cotidianas que se consideran de transmisión cultural, es por ello que se profundizará en algunas de estas para dar un panorama más amplio de la vida de la población y específicamente del grupo raizal con quienes se realizó la presente investigación.

⁴ Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015.

Una de las actividades de la vida cotidiana de los Raizales son aquellas relacionadas con los alimentos y la cocina en general, pues allí se transmiten muchos conocimientos de la cultura, en ese momento son los adultos los encargados de transmitir la información, los niños cumplen el papel de imitadores:

“Los sábados los Raizales hacen su pan, galletas, tortas, eso los sábados en la tarde era un aroma especial. Yo aunque no hago los sábados, a veces sí hacemos tortas, las hacemos con las niñas, eso es algo que me han dejado y que yo practico” (Madre, 45 años / 4 de febrero de 2015).

Este es el momento y lugar en el que se ponen en evidencia los alimentos representativos del ser raizal (especies marinas, *bread fruit*, coco, diferentes tipos de panes, tortas y postres, entre otros.). Alrededor de la cocina se encuentra un panorama especial de representaciones y expresiones culturales que se le transmiten a las nuevas generaciones desde edades tempranas:

“Yo aprendí a cocinar la comida típica de San Andrés porque me enseñó mi mamá, mi papá y una de mis abuelas que es la mamá de mi mamá, ella me enseñó a hacer el crab soup y el arroz de coco y me enseñó a hacer las tortas típicas de San Andrés” (Hija, 11 años / 24 de febrero de 2015).

Esto con el fin de conservar particularidades de su complejo cultural.

Otra costumbre familiar que hace parte de la vida cotidiana en la Isla, es la enseñanza de los idiomas inglés o creole que los identifican como grupo y que los hacen diferentes de los demás pobladores de la Isla. Es norma de algunas

familias raizales la prohibición del español dentro de su casa: “Me gusta más inglés porque lo hablo todos los días en la casa, porque como dice mi papá “el que no hable inglés, que hable abajo (en la calle) español” (Hija, 11 años / 24 de febrero de 2015). Esto debido a que se considera el hogar como un espacio libre de migrantes, lugar en el que se puede vivir a plenitud su cultura.

Es un hecho conocido que el idioma es un marcador de pertenencia sociocultural, el hablar el idioma inglés o el creole da sentido de pertenencia al grupo, y a su vez distingue a los raizales del resto de los pobladores de la Isla. “Se presiona a los niños a que hablen el idioma creole y el inglés en la casa es para mantener la cultura, para que esa cultura no se sepulte” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015). La percepción de la identidad está mediada por la lengua materna del individuo, refiriéndonos a que la primera lengua que el niño aprende es la de su madre, sin embargo en la familia extensa la lengua materna puede ser transmitida por otra persona dentro de la familia, aun así se espera que sea la madre la que cumpla con esa labor.

El idioma también tiene un valor histórico, pues remite al cambio cultural que se vivió con la declaración de Puerto Libre:

“En mi casa se habla inglés porque mis abuelitos en esos tiempos, mi mamá me dijo que ellos no sabían que era español y ellos le enseñaron a sus hijos a hablar inglés pero cuando fueron al colegio aprendieron a hablar español” (Hija, 11 años / 18 de febrero de 2015).

Esta coyuntura trajo consigo cambios sociales, siendo la continuidad del idioma un elemento de resistencia a dichos cambios:

“Lo primordial que se le debe enseñar a los niños, es el idioma; segundo, de dónde soy yo y quién soy yo, cuándo llega el primer hombre a San Andrés y cuáles son los nombres de las personas que llegaron a San Andrés” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015).

De esta forma se espera que las nuevas generaciones crezcan con un sentido de pertenencia y se apropien del legado cultural que se les transmite día a día por parte de los mayores.

Una parte que se considera importante en la crianza es el temor a Dios (concepción judeo-cristiana), la religión es importante en la medida que su finalidad directa es la cohesión social, dando un margen de referencia en el cual el individuo se mueve. Además de esto es un referente de identidad colectiva, es importante entonces analizar cómo la religión influye en la construcción de la misma.

La religión es un componente muy importante, no solo en la familia, sino en toda la comunidad raizal, es a partir de esta que se realizan y desarrollan gran parte de las actividades diarias; por medio de la religión las familias se mantienen unidas, asisten a la iglesia su día sagrado (sábado para los adventistas, domingo para los bautistas, cristianos y católicos) y a los diferentes eventos lúdicos programados por éstas (clases de arte, música, grupos juveniles, de padres, entre otros.). Se acostumbra mantener un día a día lleno de oración. “Oramos cuando nos vamos a dormir en la noche y en la mañana cuando nos despertamos también decimos “gracias Dios porque despertamos”” (Grupo de niñas, hijas, entre los 6 y los 8 años / 18 de febrero de 2015). En el vestuario también se observa una influencia religiosa, existe

socialmente cierto código de vestuario para asistir a la iglesia, es evidente el uso de atuendos formales para las ceremonias religiosas:

“En mi época de niñez los domingos nos mandaban a la iglesia y el isleño siempre era muy tradicional con su forma de vestir para ir a la iglesia, nosotros siempre íbamos de vestido, siempre muy elegantes, los hombres con sus corbatas o sus cargaderas y luego de la misa sí nos llevaban como un rato a la playa.” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

Se cría al niño bajo la creencia religiosa para que no se aleje de la norma, se le inculca el respeto especial a los demás bajo la base bíblica: “Los domingos yo llevo a mi hija a la iglesia, porque la iglesia lo educa a uno, ella dice “no matarás”, “no codiciarás”” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015). Las enseñanzas bíblicas inculcan en los niños las normas y valores necesarios para el buen vivir en comunidad, es importante que los niños: “conocieran a Dios sobre todo, siempre se estaba pendiente de que los hijos siempre estuvieran bien, que fueran por el camino que debía ser, que no fueran al contrario” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Uno de estos valores es el respeto, entendido como acto mediante el cual una persona tiene consideración por la dignidad de otra acatando su autoridad, este no es una obligación legal sino moral, es una de las acciones más importantes de la vida en comunidad, ya que también tiene que ver con cumplir las reglas de convivencia social que componen diversos códigos de conducta. Este valor moral se complementa con el de la verdad, además de exigir un trato amable y cortés, es por ello que es la base de todas las relaciones interpersonales. Este respeto se da primero a Dios, acatando su autoridad y no cuestionando su actuar, luego este comportamiento se aplica a nivel familiar.

Para convertirse en adulto se espera que el niño haya aprendido a respetar a sus pares, pero sobre todo a sus mayores. Entre los isleños el respeto tiene gran valor cultural por ser considerado un valor que hace parte de su historia como comunidad:

“El respeto viene desde la época de la esclavitud, nosotros teníamos amo y por medio de este entró la parte del respeto, usted no podía contestar al amo, él era el que daba la orden. Nosotros todavía tenemos eso, entre los isleños más antiguos” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015).

Esto se trasladó al ámbito familiar, donde los padres u adultos son la autoridad, y es por ello que los menores debe acatar su mandato. En la familia existe una cadena de mando que no debe ser cuestionada por los niños: “El respeto empieza en casa, cuando yo hablo usted se calla” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015). Con esta actitud se aprende a seguir instrucciones y a respetar la autoridad, lo que resulta conveniente en la vida adulta.

Cabe resaltar que el respeto y los buenos modales van de la mano, es importante mantener un trato cortés con los adultos, y sobre todo con los padres, de no ser así se teme al castigo Divino: “Si no respetamos a nuestras madres Dios nos va a castigar” (Grupo de niñas, hijas, entre los 6 y los 8 años / 18 de febrero de 2015). Este temor acompaña al niño y se replica en la edad adulta, por lo cual los ancianos nunca son irrespetados.

3.7 ¿Qué se espera de los niños raizales?

A partir de las actividades de la vida cotidiana que se consideran como transmisoras de la cultura se da una división entre las labores que deben realizar los niños y las niñas, lo que permite diferenciar roles específicos para cada sexo. Estos roles guían el quehacer de los niños y a su vez hacen parte del *deber ser* de la comunidad.

A simple vista los roles sociales desempeñados por los niños y niñas en San Andrés Isla, pueden asemejarse a los roles que se esperan de una familia tradicional, en términos de Virginia Gutiérrez (1994), donde el hombre es el proveedor del hogar y la mujer la administradora de este, pero al observar de forma más detallada se hacen evidentes ciertas modificaciones al modelo, si bien:

“A las niñas se les enseña más que todo las cosas del hogar, que aprendan a tener las cosas limpias para que sean unas buenas esposas y a los niños también, el papá se los lleva si tiene huerta para que aprenda a sembrar y cosas así” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Además esto no significa que no se tenga claro que:

“Los niños y las niñas también deben aprender a cocinar porque cuando crezcan si sus padres o sus madres no están, ellos tienen que aprender a cocinar, hacer el aseo y hacer de todo eso en la casa, hacer todo lo que papá hace cuando uno está chiquito. Por eso uno tiene que aprender todo lo que nos están enseñando porque o sino no podemos hacer” (Hija, 11 años / 24 de febrero de 2015).

Ambos sexos deben aprender a realizar todas las labores del hogar, es decir que toda persona debe ser autosuficiente independiente del sexo, sea

femenino o masculino, pero se espera que cada uno tenga un rol o tarea determinada.

El rol de las niñas está más orientado a las tareas de manutención del hogar y la elaboración de la comida, mientras que el de los niños está orientado hacia los trabajos manuales, los trabajos de mayor esfuerzo físico y la obtención de recursos económicos para el hogar, aunque estos aprenden a cocinar al igual que las niñas.

“Yo no sé si en todas las casas sea lo mismo, pero aquí en San Andrés los hombres también aprenden a cocinar. Y los niños así como las niñas que jugábamos a cocinar, ellos también sacaban sus ollitas y hacían su rondon, su boil up y así, desde los 10 y 11 años ellos lo hacen, limpian su pescado, arman sus cosas y así cocinan” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015).

Pero en su caso no es visto como una actividad cotidiana, sino más bien como un pasatiempo social.

Igualmente se asume que:

“Los niños tenían más libertad que nosotras las niñas, por ejemplo si mi hermano quería ir a playa todos los días él podía ir a playa todos los días, en cambio a mí me enseñaron a que yo podía ir a playa los sábados, a mí me peinaban y yo tenía que durar peinada hasta el otro sábado o si iba y me bañaba era a escondidas y solo me podía mojar del cuello para abajo, o mis hermanos sí podían irse a jugar todo el día donde el vecino, en cambio yo no, yo tenía que estar ahí mismo o

jugando con mis primas, a mí no me daban esa libertad” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015).

El varón en cierto sentido tiene más movilidad que la mujer, pero esto no quiere decir que sus padres no estén pendientes de su cuidado.

Los padres o cuidadores educan a los niños para que sean personas útiles desde una edad temprana, se espera que estos ayuden en las diferentes labores familiares con el fin de que a su vez se preparen para una vida adulta, es muy importante que desde la crianza se les brinden a los niños los elementos culturales necesarios que los hagan aptos para la vida en sociedad.

Es objetivo de la familia que: “Cuando lleguen a la edad de irse a la Universidad ya tengan esos valores y uno puede decir que ella va a estar bien y va a ser muy responsable” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015). Es por ello que se espera que cuando el niño se convierta en adulto haya aprendido a respetar a sus mayores, a ser personas autosuficientes, que conozcan la historia de su comunidad, hablen el idioma inglés y el creole, aprendan las recetas típicas de comida, sean buenos cristianos y sobre todo puedan asumirse a sí mismos como raizales.

4. APUNTES FINALES

La identidad colectiva es considerada como una construcción social en la que el individuo se piensa a sí mismo con relación a otros y a su vez como miembro de una colectividad, al tiempo esta comprensión y asimilación de pertenencia a un grupo lleva consigo el aprendizaje y seguimiento de ciertos valores y conductas previamente determinadas por el sistema social; se puede decir que en la presente investigación se evidencian ciertos valores y conductas establecidas por la población raizal que hacen parte fundamental del todo cultural, y son transmitidas a los miembros en la etapa de la infancia, principalmente desde la crianza en la familia, consolidadas en la escuela y en la vida en comunidad en general con el fin de que la persona se sienta y sea reconocida como miembro del grupo.

Para la comunidad raizal, es importante la transmisión de conocimientos culturales, en sus propias palabras:

“Considero importante la transmisión de estos conocimientos a las nuevas generaciones, porque eso es lo que nos caracteriza como gente, como personas nativas, y yo creo que eso hay que transmitirlo porque el día de mañana que no le enseñemos a las nuevas generaciones esa cultura, esas costumbres, pues nos vamos a perder como comunidad, como gente raizal, nos vamos a extinguir” (Madre, 34 años / 8 de febrero de 2015).

Esta preocupación por la idea de desaparecer como raizales tiene como resultado que las generaciones más adultas se interesen en difundir los conocimientos tradicionales entre las generaciones más jóvenes de la forma en la que se ha evidenciado en los capítulos anteriores.

Es posible afirmar que los Raizales han creado una conciencia colectiva de la importancia de la transmisión de su propia cultura, esto debido a la mezcla cultural producto de la coyuntura social vivida en 1953. Para la comunidad la transmisión de conocimientos comienza en el hogar, por medio de la crianza:

“Es primordial enseñarles a los hijos, si yo no le transmito a mis hijos en el colegio no les van a enseñar, y si yo no le transmito a mis hijos en mi casa, entonces cómo no nos vamos a desaparecer” (Padre, 45 años/ 18 de febrero de 2015).

Es importante mencionar que esta transmisión de saberes culturales no sólo se da en la niñez por medio de la crianza, sino que se extiende a otros ámbitos sociales como lo son la escuela, la iglesia y en general en la vida comunitaria.

4.1 Raizalidad: Comida, religión e idioma

Este proceso de auto reconocimiento como parte de una cultura, es importante en la medida que permite que los grupos humanos permanezcan en el tiempo, es por ello que las sociedades han elaborado unos elementos específicos que se hacen clave en el momento de analizar la cultura. Dentro de los

componentes particulares que configuran la cultura raizal, se destacan con especial fuerza tres elementos, los cuales fundamentan la vida de estas personas y se convierten en imponderables de la cultura, estos son la comida, la religión y el idioma. La comida como representante directo de la apropiación del territorio y lo que este ofrece; la religión como eje de la vida, institución encargada de guiar e influenciar la cotidianidad de los raizales; y el idioma como elemento identitario diferenciador y reivindicador de las raíces.

Desde la antropología la comida se ha visto como un componente cultural en el que los grupos se apropian de los alimentos que brinda el territorio y construyen sus recetas, ritos y símbolos alrededor de estas preparaciones: “La comida se define como una realidad exquisitamente cultural, no solo sólo respecto a la propia sustancia nutritiva sino también al modo de asimilarla y a todo lo que la rodea” (Montanari, 2004: 93). Para el caso raizal no es ajeno este planteamiento, estas personas tienen su base alimentaria en frutos del mar, los mariscos hacen parte de sus preparaciones básicas y tradicionales, también conforman la comida de estas personas productos como la yuca, la batata, el coco y sus derivados (agua, leche y aceite), plátano, *bread fruit* (fruta pan); plantas aromáticas como el basil (albahaca), el orégano, achiote, noni; igualmente los dulces, panecillos, postres y tortas (banano, chocolate, ñame) conforman la rica y compleja gastronomía raizal, estos adquieren una notable importancia en el recorrido alimenticio de la cultura:

“El sábado se cocinaba lo del domingo, se hacían dulces de batata, banano o lo que hubiera porque el domingo íbamos temprano al culto y nadie iba a cocinar, entonces se comía lo que se tenía ya hecho. La comida especial del domingo era pollo, cerdo guisado, carne asada, arroz con frijoles y el dulce” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

La comida entre los Raizales de San Andrés adquiere un gran valor simbólico y ritual ya que por medio de esta se fortalecen los lazos sociales; por ejemplo, los alimentos producto del trabajo (pesca, cosecha propia), comestibles como pescado, yuca, plátano, entre otros, se comparten con los miembros de la comunidad en forma de intercambio que se da en la Isla desde tiempos remotos, toda la comunidad se considera como parte de una gran familia en la que todos sus miembros hacen lo que esté a su alcance para ayudar a los demás, fortaleciendo de esta forma las relaciones sociales y supliendo las necesidades de todos. Al momento de comer se comparte con la familia en la mesa, es allí donde se da un espacio de educación, transmisión y retroalimentación de experiencias entre los miembros: “Es importante sentarse en la mesa a comer porque es el momento para conversar y ganar la confianza, con la comida se consigue el tacto con los parientes” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015).

Parafraseando al historiador y gastrónomo Massimo Montanari (2004), la comida entendida como un sistema de signos y de realidades materiales, se convierte en un código de comunicación, no sólo dentro, sino también fuera de la comunidad, y se transmiten valores simbólicos y significados diferentes en aspectos económicos, sociales, políticos, étnicos, religiosos, entre otros. La comida contiene y transporta la cultura de aquellos quienes la practican, conforma la identidad de grupo pues permite una auto representación e intercambio cultural: “Cada cultura, cada tradición y cada identidad son un producto de la historia, dinámica e inestable, generado por fenómenos complejos de intercambio de cruces y contaminaciones” (2004: 114). Para el caso en concreto, es evidente que el valor que adquiere la comida en los aspectos identitarios es producto del mestizaje que da origen a los actuales raizales habitantes de la Isla.

Resulta un imponderable cultural la transmisión de los saberes, tradiciones, recetas, rituales y actividades relacionadas con el universo alimentario de la población raizal. Es evidente que esta es una forma de reivindicar su ancestralidad y que los hace diferentes en relación a otros grupos de la isla. Esta transmisión se da principalmente en edades tempranas, los niños son participes en las actividades de la cocina, como se mencionó anteriormente, se les enseña a cocinar, a comportarse en la mesa, el tipo de comidas que se ejecutan hacen parte de su todo cultural y también aquellas labores de aseo. No se marca una diferencia sexual en el aprendizaje de estos saberes, se les enseña a niños y niñas por igual y solo es hasta la adultez que se hace la distribución de labores, la cocina para las mujeres y la adquisición de alimentos para los hombres.

Para los niños aprender a cocinar y todo lo que esto implica es una actividad divertida e importante, no se dan sentimientos de inconformidad ni lo ven como una obligación impuesta:

“Yo le ayudo a mi mamá a barrer a trapear, a lavar los platos, a lavar la ropa, a limpiar la cocina, a arreglar mi ropa y mi cama, todos los días después de ir al colegio. Cuando llegamos nos ponemos a trabajar para que mi mamá nos de plata” (Grupo de niñas, hijas, entre los 6 y los 8 años / 18 de febrero de 2015).

Al igual que la comida, la religión es otro componente fundamental en la identidad raizal, esta prima en todos los aspectos de la vida; este cuerpo de prácticas y creencias relacionadas con lo sagrado dan unidad a una comunidad moral específica, teniendo como finalidad un fortalecimiento de la cohesión

social y determinando a su vez la interacción social entre miembros del mismo grupo cultural y con grupos externos.

En el caso raizal se hace importante que sus miembros practiquen una religión, no está impuesta una en concreto, solo se menciona la creencia en un Dios. En la Isla priman las religiones llamadas protestantes, tales como la bautista y adventista que son herencia de los ancestros ingleses y portugueses que llegan a la Isla en la época de la colonia, pero también se hacen presentes la religión cristiana y la católica que llegan en tiempos más tardíos.

A pesar de no haber preferencia por ninguna religión en especial, se hace evidente la influencia de la moral sagrada en la vida de las personas. Se guía a los niños a un crecimiento teniendo conocimiento del temor de Dios, se dice que con esto se evita cometer actos malos y tener conductas que afecten el orden social:

“Es bueno que los niños crezcan con un Dios porque así las personas cuando tenemos temor de Dios nos evitamos de hacer ciertas cosas, de hecho mis hijos estudian en colegios religiosos, es bueno que ellos conozcan los valores conozcan la palabra porque así son mejores personas” (Madre, 34 años / 10 de febrero de 2015).

Es de resaltar la importancia de la reputación y el ser buena persona para los Raizales, y estos elementos que les permiten ser considerados buenos y aceptables en la comunidad se los brinda la religión, se tiene a la Iglesia como un gran educador de las personas:

“Es importante ir a la Iglesia porque debemos saber la palabra de Dios y las cosas que dice Dios que debemos hacer. Pero si tú no vas a la Iglesia tú empiezas a hacer cosas malas, a hacer pelea, a matarse, eso son personas que no van a la iglesia” (Hija, 11 años / 24 de febrero de 2015).

Se ofrecen desde la iglesia diferentes espacios en los que se guía a las personas por una buena conducta; el diario vivir de estas personas gira alrededor de la iglesia, los colegios de los niños y jóvenes son religiosos, se dan clases de arte, música, comida, entre otros a los grupos generacionales en las iglesias, se abren espacios de socialización en los que no solo se comparten experiencias y reflexiones religiosas sino también de la vida propia, familiar y demás, es una forma de fortalecer sus relaciones sociales.

Es de esta forma en la que la religión se convierte en un elemento determinante en la identidad de la población raizal:

“La religión acompaña al hombre y a la sociedad como un elemento básico de la composición del individuo y de su propia identidad, de manera que las formas en que se presenta y organiza la religión al interior de la masa social, es lo que le da el carácter de una estructura y de una entidad que va a formar parte del devenir humano. Tan importante es la referencia de la religión para la sociedad, que de ella depende gran parte del accionar moral que se haga presente. En gran parte, también la religión determinará la forma de pensar de las sociedades, lo que se ve reflejado en el individuo” (Camarena y Tunal; 2009: 8).

Evidentemente la religión brinda a las sociedades patrones de comportamiento específicos, la división de lo sagrado y lo profano marca la conducta del colectivo, ya que generalmente aquellos que se desvíen de la norma serán juzgados dentro del grupo.

Como se ha mencionado en los capítulos anteriores, en la crianza de los niños se resalta claramente la importancia que tiene la vida religiosa, esta es indiscutiblemente un imponderable no negociable con los niños, de cierta forma puede considerarse como una imposición de parte de los padres o cuidadores:

“La religión se tiene por los valores, en la palabra dice que “instruye al niño en su camino y aun cuando fuere viejo no se apartará”, entonces la gente raizal tiene eso como muy presente, desde siempre se obliga la ida a la iglesia, no es negociable, es una obligación, hasta que le cojan amor. Es importante para levantarlos sanos, que tengan temor de Dios y que cumplan” (Madre, 45 años / 4 de febrero de 2015);

Esto ayuda a construir la personalidad en los niños y asegura la cohesión social a través de una forma común de vida en la sociedad en general.

El último, pero no menos importante de los componentes fundamentales de la identidad raizal es el idioma, rasgo característico de esta población con muchas versiones de su origen en la Isla, sin embargo, es transmitido a las nuevas generaciones como un elemento clave para el desarrollo cultural del grupo.

Es importante reconocer que en la Isla se hablan tres idiomas: inglés, herencia de los puritanos ingleses que llegaron a la Isla a conformar las primeras poblaciones del territorio; creole, como lengua criolla, derivada del inglés y

creada por los esclavos como forma de independencia frente a sus amos; y español, idioma impuesto en las Islas por Colombia continental con el fin de hacerlos parte del territorio nacional, mediante el mecanismo de la colombianización.

Desde la antropología se ha considerado el lenguaje como un carácter fundamental en el momento de establecer la identidad, éste genera un sentido de pertenencia al grupo determinado, que produce al tiempo una cosmogonía propia que sólo es posible comprender desde el propio lenguaje particular. En el caso raizal, su idioma, el creole, ha permitido una reivindicación de la ancestralidad, pues como lo mencionan estas personas:

“El dialecto que tenemos aquí es el creole, lo utilizaban los esclavos para que los amos no los entendieran, o sea era un dialecto para poder hablar entre ellos mismos y que no los entendieran, entonces en la mayoría de las casas de aquí los niños crecen hablando ese dialecto y ya de pronto en el colegio o de pronto con los vecinos que hablen español, empiezan a relacionarse con ese idioma” (Madre, 29 años / 10 de febrero de 2015).

Teniendo en cuenta lo anterior y el contexto histórico que se ha dado en la Isla, es de resaltar que la lengua puede considerarse como una forma de resistencia frente al resto de pobladores del territorio, es el mecanismo más evidente y marcado que produce la sensación de diferencia de los raizales con respecto al resto de los pobladores del país:

“Un dialecto se define como la variedad regional de lengua de una comunidad y cuando los individuos que la conforman la reconocen y valoran positivamente, entonces podemos decir que se identifican entre

sí y se produce la sensación de diferencia con respecto a las demás comunidades.” (Zambrano, 2009: 64).

El uso de cada uno de estos idiomas (español, inglés y creole), depende en gran parte de la situación y el contexto en el que se esté. Como anteriormente se mencionó, el español, al ser una imposición del país, es el idioma usado en contextos generales, es la forma de comunicación entre raizales con los “pañas” o turistas, es usado en entes gubernamentales y centros educativos; el inglés es el idioma oficial dentro de la población raizal, es una forma de mostrar sus raíces, y desde el siglo XIX se comienza a declarar como idioma oficial del archipiélago, actualmente se le da este uso oficial y exclusivo en algunas familias de la Isla, sin embargo no es regla general:

“Los abuelos hablaban el inglés perfecto cuando tenían que comunicarse con alguien que hablara el inglés perfecto, pero con nosotros se hablaba el creole. O sea dentro de la casa hablábamos creole” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Finalmente, el creole es usado como una barrera comunicativa con aquellos que no hacen parte del grupo, es la forma de marcar la diferencia y fortalecer la identidad raizal: “El inglés en los raizales es la identidad, parte viene siendo el creole” (Padre-abuelo, 73 años / 13 y 17 de febrero de 2015).

Es de resaltar que la transmisión de estos tres elementos es fundamental en la construcción de la identidad raizal en las nuevas generaciones de la Isla, resulta ser una triada indivisible, en la que cada uno de sus componentes tiene la misma importancia del resto, es clave al momento de analizar esta población y sus particularidades. Se menciona la importancia y prioridad que se le da al aprendizaje de estos elementos para mantener la cultura; como se planteó en

el capítulo anterior, entre las familias se dan ciertas actividades en las que no solo se educa a los hijos sino que se les inculcan los diferentes componentes de su identidad como colectivo:

“El isleño debe conservar el idioma, el idioma de nosotros se llama creole, yo lo sé escribir y lo sé hablar, y mis hijas lo tienen que aprender, eso no se puede perder por ningún motivo. La costumbre de que uno debe ser recto en sus cosas, en la religión. Todo lo que tiene que ver con el isleño no se debe perder, porque si se pierde nos desaparecemos” (Padre, 45 / 18 de febrero de 2015).

Es necesario mencionar la importancia que tiene tanto para la comunidad raizal como para la académica, el estudio a profundidad de cada uno de esos elementos, pues permiten comprender de una manera más clara las dinámicas y formas de vida de este grupo étnico del país. Además en esta investigación se han mencionado únicamente los aspectos más generales, por lo que haría falta un nuevo trabajo investigativo para tratar estos elementos culturales a profundidad.

Debido a la coyuntura social e histórica que se ha vivido en la isla de San Andrés, la población raizal ha acarreado consigo el miedo a perder lo que se tenía antes de 1953. Este miedo cultural se ha generalizado en la población raizal, debido al choque con una cultura hasta ese momento desconocida, esto ha generado una percepción negativa y hostil frente a estas nuevas formas de vida que se han desarrollado en la Isla por parte de pobladores diferentes a los raizales, se le teme a la pérdida de su identidad étnica, es por esto que se podría decir que existe una gran preocupación por la transmisión de sus saberes a las nuevas generaciones raizales.

4.2 Entre pañas y raizales: Percepción de algunas diferencias

Es debido al sentimiento de diferencia que se refuerza la identidad raizal en la isla de San Andrés y que establece distinciones muy claras entre los comportamientos de unos y otros. Para efectos de esta investigación se hizo indispensable indagar sobre estas diferencias sobre todo en los niños y niñas, aunque esto se realizó de forma superficial. Haría falta un análisis más concreto y extenso para tratar el asunto a cabalidad.

En el trabajo de campo y luego de varias entrevistas a profundidad con los niños raizales se hizo evidente que para ellos existen diferencias muy marcadas entre los hijos de continentales y los hijos de raizales, se visibilizan ciertos comportamientos que permiten identificar las diversas formas de vida entre estos dos grupos, en los niños raizales resalta la importancia del respeto al resto de las personas, la relevancia de la religión en su vida y varias características que son fundamentales en la cultura.

Por lo anterior es de afirmar que existen notorias diferencias entre los niños nacidos en una familia raizal y los nacidos en una familia que no lo es. Pero más allá de estas diferencias culturales, existen estereotipos, una percepción acerca de cómo son los niños nacidos fuera de la comunidad raizal que se observa en:

“El niño raizal sobre todo los padres le están enseñando el respeto, la tolerancia y más bien viven unidos y están con su familia porque la mayoría de las mujeres raizales no trabajan, el esposo sí pero ella no y están los abuelos pendientes, en cambio la familia continental casi no

tienen quién les cuide los niños, entonces los dejan en un bienestar, un colegio, los dejan con un vecino o prefieren dejarlos solos, los niños se crían solos” (Madre-abuela, 61 años / 10 de febrero de 2015).

Esta pertenecía a un grupo social diferente, al raizal o paña, hace que se les relacione con cierto tipo de conductas. Según Henri Tajfel (1982) este tipo de estereotipos son una de las más frecuentes formas de representación social, son una imagen mental simplificada compartida por un grupo de personas, en este caso los raizales.

Los estereotipos además hacen que el individuo no sea tomado como tal, sino como parte del grupo por lo que le son atribuidas ciertas características, haciendo generalizaciones, que en la mayoría de los casos son exageradas y se tornan negativas, facilitando entonces el prejuicio y la estigmatización social. Es de notar que el estereotipo es por demás resistente al cambio, hacen falta esfuerzos para superarlo (Hamilton y Trolie, 1986). No obstante los pañas tienen sus propias representaciones sociales acerca de cómo son los raizales, es por ello que bien valdría la pena realizar una futura investigación acerca de cómo está conformada la identidad de los pañas en la Isla y cuáles son las representaciones que estos han construido de los Raizales, ya que como habitantes de un mismo territorio se han generado imaginarios de los demás grupos y es importante visibilizarlos para comprender de una mejor forma las dinámicas sociales que se tejen en la Isla.

4.3 Nuevas raizalidades

Ha quedado claro a lo largo de este texto que la forma de criar a los niños está directamente relacionada a la identidad de grupo de estos. Al llegar a la edad adulta, estos podrán transmitir a las futuras generaciones aquellos conocimientos que le fueron enseñados, de esta forma la comunidad raizal garantiza, por decirlo de alguna manera, su permanencia en el tiempo y el espacio.

La población raizal de San Andrés cohabita en su territorio con los paña, generando redes de intercambio cultural entre grupos, sin embargo esto no influye de forma drástica y evidente en la identidad de los raizales, es por esto que se puede afirmar que:

“Es el límite étnico el que define al grupo y no el contenido cultural que encierra. Por supuesto, los límites a los cuales debemos dedicar nuestra atención son límites sociales, aunque bien puedan contar con su concomitante territorial. El hecho de que su grupo conserve su identidad, aunque sus miembros interactúen con otros, nos ofrece normas para determinar la pertenencia al grupo y a los medios empleados para indicar afiliación o exclusión” (Barth, 1976:17).

Sin embargo existen tensiones culturales entre la población raizal y la paña, pero estas no deben ser vistas como una cultura que quiere acabar con la otra, dejándola en el pasado de forma inmediata, debe ser vista como un ensamble o bien un tipo de acoplamiento de tal modo que esta tensión implique una reconfiguración espacial y social del territorio. Puesto que ambas comunidades están habitando la misma superficie, deben apropiarse de esta, sin afectar las dinámicas del otro o bien tomando características propias del otro grupo social, para asumirlas como propias. Por lo cual es importante cuestionar la situación

de aquellos pobladores no considerados raizales que han adoptado algunas formas de vida representativas de la cultura raizal:

“Si usted tiene un hijo que no es raizal yo lo considero isleño y le voy a enseñar el creole, yo como raizal me enorgullezco cuando veo que un hijo de continentales habla creole. Quiere decir que él se hizo parte de esta cultura y en unos años él va a transmitirlo a los suyos” (Padre- hijo, 53 años / 24 de febrero de 2015).

Es de esta forma en la que se puede plantear el surgimiento de unas nuevas raizalidades, personas nacidas de padres continentales con formas de vida raizales, pero no considerados parte de esta comunidad, sin embargo, esto requiere una investigación que busque tratar el tema con mayor profundidad.

Es de entender que la situación social de San Andrés isla no se vive únicamente en este lugar, Manuel Antonio Garretón (2001) ha denominado este proceso como una resignificación de la dimensión cultural, lo que según él daría pie a una sociedad multicultural, esta visión integradora de la sociedad permitiría la convivencia de varias identidades únicas como lo son los pañas y los raizales; pero a su vez tiene en cuenta que estas identidades aún se encuentran en constante construcción. Este es un fenómeno que según él es propio de América, al considerarlo un continente híbrido desde la conquista y que se ha intensificado su condición con la globalización. Es así que:

“La dicotomía que convierte a los otros en extraños y en miembros de otro grupo étnico, supone un reconocimiento de las limitaciones para llegar a un entendimiento recíproco, diferencias de criterio para emitir

juicios de valor y de conducta y una restricción de la interacción posible a sectores que presuponen común acuerdo e interés” (Barth,1976:18).

Por lo que es posible afirmar que “reconocer la diferencia puede ser paradójicamente un medio para ayudar a lograr la igualdad social” (Wade, 2008:12). Esto es lo que se espera de la sociedad sanandresana, pero para que esto suceda, aún hacen falta un alto grado de tolerancia y aceptación del otro.

Los planteamientos anteriores permiten que de este trabajo se pueda concluir que la identidad raizal es un conjunto complejo de elementos, que son transmitidos de generación en generación por medio de la crianza a los niños, y lo que les permite apropiarse de una identidad de grupo al llegar a la edad adulta. Sin embargo la raizalidad, como se ha denominado a esta identidad, no es fija, sino dinámica, por lo que ha cambiado a lo largo del tiempo, pero esto no significa que no conserve sus elementos básicos como lo serían la religión, la comida y el idioma.

Es por ello que se puede afirmar que la comunidad Raizal ha empleado y diseñado con el paso del tiempo, un modelo de crianza que posibilita y asegura la existencia y transmisión de la raizalidad en San Andrés Isla.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, Eduardo. Padres positivos. Pax. México.1990.

AMES, Patricia, ROJAS, Vanessa, PORTUGAL, Tamia. “Métodos para la investigación con niños: Lecciones aprendidas, desafíos y propuestas desde la experiencia de Niños del Milenio en Perú”. Lima: GRADE; Niños del Milenio, 2010.

ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

AROCHA, Jaime, FRIEDEMANN, Nina S. De. Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia. Etno, Bogotá, 1984.

BARTH, Fredrik. Los grupos étnicos y sus fronteras: La organización social de las diferencias culturales. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

BENEDICT, Ruth. El hombre y la cultura. Biblioteca fundamental del hombre moderno, Centro editor de América Latina, Argentina, 1971.

BENEDETTO, Andrea. Identidad y territorio: aportes para el desarrollo social en áreas rurales de la provincia de Mendoza, estrategias con identidad territorial. Tesis Doctoral en Geografía. Universidad Nacional de Cuyo. 2010.

BOAS, Franz. Cuestiones fundamentales de antropología cultural. Editorial Lautaro, 1947.

BOAS, Franz. "Las limitaciones del método comparativo de la antropología". En Bohannan, Paul y Mark Glazer (eds.), *Lecturas de antropología*, Madrid: McGraw Hill. 2010 [1896], pp. 85-92.

CAMARENA, María, TUNAL, Gerardo. "La religión como una dimensión de la cultura". *Nómadas*. En: Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas, No. 22, México, 2009.

CARLI, Sandra. "La infancia como construcción social". De la familia a la escuela. *Infancia, socialización y subjetividad*, Santillana, Buenos Aires, octubre 1999.

CASAS, Ferran. "Infancia y representaciones sociales". En: *Política y sociedad*, 2006, Vol. 43 No. 1. pp. 27-42.

CHIHU, Aquiles. *Sociología de la identidad*. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa. Miguel Ángel Porrúa. México. 2002.

Colombia. *Constitución Política*. Legis. Bogotá. 2005.

CORREA, Sandra. "Procesos culturales y adaptación al cambio climático: la experiencia en dos islas del Caribe colombiano". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, No. 44. 2012. Pp. 204-222.

DEVALLE, Susana. *Identidad y etnicidad: continuidad y cambio*. Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, México, 2002.

DUBERT, François. "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto". *Revista Estudios Sociológicos*, vol. VII. No. 21, Colegio de México, 1989. P.p 519.

DURKHEIM, Émile. *Las reglas del método sociológico*. Morata, Barcelona.1982.

DUSSAN, Alicia. "Características de la personalidad masculina y femenina en Taganga". *Revista colombiana de antropología*, No. 2, 1954. P.p. 87-113.

ERICKSON, Erick. "La identidad psicosocial". *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, tomo V, España, 1977.

ERIKSON, Erik. *Infancia y sociedad*. Horme- Paidós, Buenos Aires. 1983.

FRIEDEMANN, Nina S. De. "Ceremonial religioso funébrico representativo de un proceso de cambio en un grupo negro de la Isla de San Andrés". *Revista colombiana de antropología*, No. 13, Colombia, 1964. P.p. 147-182.

GARRETÓN, Manuel. "Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina". Serie políticas sociales, División de desarrollo social. CEPAL, Santiago de Chile, 2001.

GÉLIS, Jacques. "La individualización del niño", en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la Vida Privada*, vol. 3. Taurus, Madrid, 1990. P.p. 311-329.

GÓMEZ, Eloy. *Introducción a la antropología social y cultural*. Universidad de Cantabria. España. 2010.

GÓMEZ, Pedro. "Las ilusiones de la "identidad". La etnia como pseudoconcepto. En: *Gazeta de Antropología*, No. 14, 1998.

GONCALVEZ, Deisy, FRANCO, Francisco. "De la niñez como noción cultural a las pautas de crianza". *Anuario GRHIAL*. Universidad de Los Andes. Mérida. Enero-Diciembre, No. 3, 2009, P.p. 69-104.

GUTIÉRREZ, Virginia. Familia y cultura en Colombia: tipologías, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1994.

GUTIÉRREZ, Virginia. “Modalidades familiares de fin de siglo”. Huellas escritas, Universidad Nacional, No. 19, 2005, P.p. 286-299.

HAMILTON, D.L; TROLIER, T.K. *Stereotypes and stereotyping: An overview of the cognitive approach*. Academic Press, J. Dovidio y S. Gaertner, Orlando.1986.

HARRIS, Marvin. El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura. Siglo Veintiuno Editores, España, 1996.

HENAO, Hernán. “Hernán Henao... Un pionero en los estudios de familia”. Cuadernos familia cultura y sociedad. Grupo familia cultura y sociedad, No. 5, Medellín, 2000.

HERSKOVITS, Melville. *Cultural relativism: Perspectives in Cultural Pluralism*. Random House, New York, 1973.

LEIVA, Andrea. “*“Raizal people is our name, self determination is the game”*”: La reivindicación de la identidad raizal: una etnografía de la acción colectiva y los

desafíos de la multiculturalidad”. Estudios del Caribe hoy: aportes a un campo transdisciplinario. Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 2013. P.p 133-158.

LÉVI-STRAUSS, C. SPIRO, M.E. & GOUGH, K. “Polémica sobre el Origen y la Universalidad de la Familia”. Anagrama, Barcelona, 1956.

LINTON, Ralph. Cultura y personalidad. Fondo de Cultura Económica, México.1983.

MALINOWSKI, Bronislaw. Una teoría científica de la cultura. Editorial Sarpe, Madrid, 1984.

MEAD, Margaret. Cultura y compromiso: Estudio sobre la ruptura generacional. Granica editor, Argentina, 1970.

MEAD, Margaret. Adolescencia, sexo y cultura en Samoa. Editorial Planeta, España, 1993.

MEAD, Margaret. Sexo y temperamento. Ediciones Altaya, Barcelona, 1994.

Ministerio de Cultura. “Raizales, isleños descendientes de europeos y africanos”, Cartografía de la diversidad, 2010.

MINTZ, Sidney, PRICE, Richard. El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social – CIESAS, México, 2012.

MONTANARI, Massimo. La comida como cultura. Ediciones Treas, S. L. España, 2004.

MORALES, José Francisco. "La identidad social". Antropológica. Revista de Etnopsicología y Etnopsiquiatría, Instituto de Antropología de Barcelona, Centro de Psicología, Sociedad Española de Antropología Aplicada, España, 1999.

MOW, June Marie. Población Afrocolombiana/negra, palenquera y raizal y derechos humanos. Indepaz, Bogotá, 2010.

MURDOCK, George. *Social structure*. Mac Millan, New York, 1949.

PACHÓN, Ximena. "La Familia en Colombia a lo largo del siglo XX". Familias, cambios y estrategias. Centro De Estudios Sociales Universidad Nacional, Colombia, 2008. P.p. 145 - 159.

PARSONS, James. "San Andrés y Providencia, una geografía histórica de las islas colombianas del mar Caribe Occidental". Banco de la República. Bogotá. 1985.

PÉREZ, Maya Lorena. "El problemático carácter de lo étnico". Universidad Católica de Temuco, Revista CUHSO, vol. 13 No. 1, México, 2007. P.p 35-55.

RAMÍREZ, María Aurelia. "Padres y desarrollo de los hijos: Prácticas de crianza". Estudios Pedagógicos XXXI, No. 2, 2005, P.p. 167-177.

RESTREPO, Eduardo. "Avatares del negro en la antropología colombiana". Nómadas (Col), No. 9, septiembre, Bogotá. 1998. P.p 191-200.

RESTREPO, Eduardo. "Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio". Universidad del Magdalena, Revista Jangwa Pana, No. 5, Julio, 2007. P.p 24-35.

RESTREPO, Eduardo. "Escuelas de pensamiento antropológico 1 Clásicos". Fundación Universitaria Claretiana, Quibdó, Ago-sep, 2009. En línea: <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/modulo-escuelas1-fin.pdf>

RODRÍGUEZ, Iván. "¿Sociología de la infancia? Aproximaciones a un campo de estudio difuso". Revista internacional de sociología (RIS), tercera época. No. 26, mayo - agosto, 2000. P.p. 99-124.

ROUSSEAU, Jean Jacques. Emilio o la educación. Alianza editorial, 2005.

SALLES, Vania. "Cuando hablamos de familia ¿De qué familia estamos hablando?". Nueva Antropología, Vol. XI, No. 39. México. 1991.

SANDOVAL, Mary Luz, MORENO, César. "Virginia Gutiérrez de Pineda: Aportes al desarrollo del pensamiento social, del conocimiento de la familia y la formación de nación en Colombia". Antropol.sociol. No. 10, Enero - Diciembre 2008. P.p. 107-154.

SCANDROGLIO, Bárbara. La teoría de la identidad social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2008.

TAJFEL, Henri. *Social Identity and Intergroup Relations*. Estados Unidos: Cambridge University Press. 1982.

TORRES, Silvia Elena. "¿Raizales, pañas, fifty- fifty, turcos y/o isleños?: Construcción de identidades en un contexto multiétnico". Universidad Nacional de Colombia, Sede Caribe, Instituto de Estudios Caribeños. Universidad de Cartagena- Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Maestría en Estudios del Caribe, Colombia, 2010.

TYLOR, Edward. "*Primitive culture: researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art, and custom*". Cambridge University Press, New York, 2010.

VILA, Eduardo. "La educación del secreto: Infancia, identidad y alteridad".
Revista Iberoamericana de educación, No. 47/1, 2008. P.p. 1-10.

WADE, Peter. "Población negra y la cuestión identitaria en América Latina".
Universitas humanística, No. 65. Enero - Junio, Bogotá, 2008. P.p 117 -137.

WILSON, Peter. Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del
conflicto entre reputación y respetabilidad. Universidad Nacional de Colombia,
San Andrés, 2003.

ZAMBRANO, Wilmer. "La lengua: Espejo de la identidad". Revista
investigación: Informe internacional, investigación No. 018, Universidad de los
Andes, Mérida, Venezuela, 2009. P.p. 63-65.